

Estudios especiales

Notas sobre la historia económica argentina:

De Pavón al hundimiento de la Convertibilidad

VI- Avatares de la nueva Argentina.

Cambios impuestos por una realidad adversa

Odios infinitos versus amores consecuentes

Desde sus inicios, el gobierno peronista tuvo duros cruces, tanto con los intereses sectoriales y las personas que eran afectadas por las decisiones adoptadas en el plano económico y social como con las fuerzas políticas tradicionales. La intensidad del conflicto se acentuó durante el tiempo que duró la segunda presidencia del General Perón, en particular ante la evidencia de que no podría ser desplazado del gobierno por los medios constitucionales. Es más, su popularidad se mantuvo vigente aún durante los críticos años 1949/52. Luego, a medida que la recesión era superada, y pese a que los frentes de oposición eran más numerosos y crecientemente agresivos, las posibilidades que tenían de derrotar, por la vía de las urnas, al gobierno popular seguían siendo remotas.

Tanto la recuperación de la economía como el freno a la inflación no fueron acompañados por un aplacamiento en las tensiones políticas y sociales; por el contrario, la mayor agitación y el descontento en parte de la población eran manifiestos, si bien aún políticamente minoritarios. En el caso del sector rural, por ejemplo, su respuesta a los incentivos oficiales para que expandiera la producción e incorporara tecnología, fue muy limitada, pese a ciertos esfuerzos gubernamentales por congraciarse con los grandes terratenientes, núcleo duro de la oposición.

Puede concluirse que durante el segundo gobierno del General Perón, al agudizarse el conflicto, tal enfrentamiento fue tomando nuevos y peores cauces a medida que el tiempo pasaba, pero sin que las fuerzas políticas tradicionales lograran captar el apoyo de las mayorías nacionales. Era evidente que buena parte de quienes enfrentaban al Gobierno ya fogueaban el golpe militar, cuyo antecedente fue la asonada de 1951. La vieja idea de que había llegado *"la hora de la espada"* era acariciada cada vez con más entusiasmo en los ámbitos seculares del poder económico y la vieja política, a los cuales habría de sumarse la Iglesia Católica.

Este conjunto de tensiones derivó en hechos tan graves como el despiadado bombardeo de la aviación naval sobre la Plaza de Mayo -costándole la vida a numerosas personas que circunstancialmente se encontraban ahí- y los atentados llevados a cabo por comandos civiles durante un discurso de Perón desde los balcones de la Casa Rosada. El cruel

suceso provocó una inmediata respuesta: el incendio de locales partidarios opositores, el Jockey Club y varias iglesias de la Capital. Este ciclo violento culminó con el golpe militar de septiembre de 1955, que derrocó al Presidente Perón y lo echó al exilio.

A lo largo de todos los años en el lapso 1945/55, la intelectualidad argentina no estuvo ausente del conflicto político; por el contrario, tomó partido activamente. Los personajes más tradicionales de la cultura establecida, cuyos íconos mayores era Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges y la Revista Sur, desde el primer momento -apenas pocos meses después del golpe de 1943- se alinearon contra quien calificaban como la reencarnación trasnochada del "Nacifascismo". Pero en sus escritos y actividades cotidianas -especialmente luego del 17 de octubre de 1945-, más allá de su posicionamiento político, lo que se revela es un inocultable odio contra la plebe que había irrumpido desde los suburbios para vejar esta perla de la estética francesa y la economía británica que era la Ciudad de Buenos Aires. Siempre les resultó intolerable esa nueva circunstancia histórica que el país vivía. Todo ello, luego, habría de reflejarse en el anacrónico intento de *"volver al pasado"*, virtualmente decretando que el peronismo nunca había existido, y ejercitando una verdadera manía revanchista que impregnó cada acto de la autodenominada "Revolución Libertadora".

Por cierto, entre los que sí adhirieron al peronismo tampoco faltaron intelectuales brillantes, muchos de ellos provenientes de FORJA, y escritores tan importantes como Leopoldo Marechal o Elías Castelnuovo, y numerosas figuras del medio artístico dispuestas a poner su popularidad y jugarse sus carreras al servicio de la militancia que habían abrazado. Puede ejemplificarse con los casos del talentoso Hugo del Carril y el compromiso tomado por Enrique Santos Discépolo, que murió en 1953 agobiado por el desprecio que le hicieron sentir muchos colegas. En la obra de estos actores culturales se detecta la vocación, no sólo por tratar de interpretar a la realidad y sus nuevos personajes, sino también por integrarse a este inédito fenómeno social que parecía haber llegado para quedarse y compartir la fidelidad de los sectores más humildes respecto a su líder tanto como el endiosamiento amoroso de Eva Perón.

Y es así que entorno a esta mítica mujer se verifican los amores y odios de clase más virulentos que ha conocido la Argentina. Allá por julio de 1952 alguien escribió, en una pared de la calle

Gelli y Obes en el barrio de La Recoleta, el graffiti más trágico de nuestra historia: "viva el cáncer"; mientras tanto, en el otro extremo de la Ciudad y en infinitos rincones de conurbano la gente del pueblo, por centenares, se hincaban a rezar por Eva. Borges y Cátulo Castillo nos dan dos muestras famosas de la descripta antinomia.

"Cada uno, malgrado su corta edad, cantaba lo que le pedía el cuerpo, hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba. A ese le perdonamos la vida, pero no se escurrió tan fácil otro de formato menor, más manuable, más práctico, de manejo más ágil. Era un miserable cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado, los libros bajo el brazo y de estudio. Se registró como un distraído que cuasi se lleva por delante a nuestro abanderado, Spátola. Bonferraro, que es el chinche de los detalles, dijo que él no iba a tolerar que un impune desacatara el estandarte y foto del Monstruo. Ahí nomás lo chumbó al Nene Tonelada, de apelativo Cagnazzo, para que procediera. Tonelada, que siempre es el mismo, se soltó cada oreja, que la tenía enrollada como el cartucho de los manises y, cosa de caerle simpático a Bonferraro, le dijo al rusovita que mostrara un cachito más de respeto a la opinión ajena, señor, y saludara a la figura del Monstruo. El otro contestó con el despropósito que él también tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones lo cansan, lo arrempujó con una mano que si el carnicero la ve, se acabó la escasez de la carnasa y el bife de chorizo. Lo repujó a un terreno baldío, de esos que en el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una pared senza finestra ni ventana. De mientras, los traseros nos presionaban con la comezón de observar y los de fila cero quedamos como sangüche de salame entre esos locos que pugnaban por una visión panorámica y el pobre quimicointas acorralado que, vaya usted a saber, se irritaba. Tonelada, atento al peligro, reculó para atrás y todos nos abrimos como abanico dejando al descubierto una cancha del tamaño de un semicírculo, pero sin orificio de salida, porque de muro a muro

estaba la merza. Todos bramábamos como el pabellón de los osos y nos rechinaban los dientes, pero el camionero, que no se le escapa un pelo en la sopa, palpité que más o menos de uno estaba por mandar in mente su plan de evasión. Chiflido va, chiflido viene, nos puso sobre la pista de un montón aparente de cascote, que se brindaba al observador. Te recordarás que esa tarde el termómetro marcaba una temperatura de sopa y no me vas a discutir que un porcentaje nos sacamos el saco. Lo pusimos de guardarropa al pibe Saulino, que así no pudo participar en el apedreo. El primer cascotazo lo acertó, de puro tarro, Tabacman, y le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con un cascote que le aplasté una oreja y ya perdí la cuenta de los impactos, porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanas de Montserrat se cayó, porque estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un rato más, con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. Luego Morpurgo, para que los muchachos se rieran, me hizo clavar la cortapluma en lo que hacía las veces de cara.

"Después del ejercicio que acalora me puse el saco, maniobra de evitar un resfrío, que por la parte baja te representa cero treinta en Genioles. El pescuezo lo añudé en la bufanda que vos zurciste con tus presta dedos de hada y acondicioné las orejas sotto el chambergolino, pero la gran sorpresa del día la vino a detentar Piroso, con la ponenda de meterle fuego al rejunta piedras, previa realización en remate de anteojos y vestuario. El remate no fue suceso. Los anteojos andaban misturados con la viscosidad de los ojos y el ambo era un engrudo con la sangre. También los libros resultaron un clavo, por saturación de restos orgánicos. La suerte fue que el camionero (que resultó ser Graffiaccane) pudo rescatarse su reloj del sistema Roskopf sobre diecisiete rubíes, y Bonferraro se encargó de una cartera Fabricant, con hasta nueve pesos con veinte y una instantánea de una señorita profesora de piano, y el otario Rabasco se tuvo que contentar con un estuche Bausch para lentes y la lapicera

Protagonistas de la cultura popular. I

Homero Manzi



Manzi decía que entre "ser un hombre de letras, o hacer letras para los hombres" había elegido esto último.

En 1935 es uno de los fundadores de la Fuerza de Orientación Radical de la Juventud Argentina (FORJA), junto a Raúl Scalabrini Ortiz, Luis Dellepiane, Arturo Jauretche, Gabriel del Mazo y otros. Hasta el '46 sigue al lado del viejo yrigoyenismo, pero ya ve que su restauración es imposible. En 1947 se entrevista con Perón y por eso es expulsado del partido. Entonces pronuncia un discurso famoso, "Tablas de sangre en el radicalismo", donde afirma que Perón es el continuador de la obra inconclusa de Yrigoyen. "Mientras siga siendo así, nosotros continuaremos creyéndole, seremos solidarios con la causa de su revolución, que es esencialmente nuestra propia causa. Nosotros no somos ni oficialistas ni opositores: somos revolucionarios".

Sin embargo, para mantener su independencia, nunca se afilió al peronismo.

fuelle Plumex, para no decir nada del anillo de la antigua casa Poplavsky. Presto, fordeta, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. Banderas de Boitano que tremolan, toques de clarín que vigoran, doquier la masa popular, formidable. En la Plaza de Mayo nos arengó la gran descarga eléctrica que se firma doctor Marcelo N. Frogman. Nos puso en forma para lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas la escucharon, gordeta, mismo como todo el país, porque el discurso se transmite en cadena"

(Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, fragmento de "La fiesta del monstruo", de 1947; incluido en "Nuevos cuentos de H. Bustos Domecq" en "Obras Completas", ed. Emecé, Buenos Aires, 1977).

¿La fiesta terminó?

Cuando muere Eva Perón, en julio de 1952, no sólo aparecía como tormentoso el horizonte político, sino también el económico. La economía argentina atravesaba una de sus etapas más difíciles. Era notable la caída en la producción agropecuaria, con su impacto muy negativo sobre el valor de las exportaciones, circunstancia que se sumaba adversamente con la cada vez más grave restricción impuesta a la actividad interna por los cuellos de botella en la infraestructura energética, en el transporte y en materia de insumos básicos. Inocultablemente, las limitaciones en la oferta eran el precio que se estaba pagando por la insuficiencia y demora en las inversiones dirigidas a la infraestructura económica e industrias pesadas. Como se recordará, en los años anteriores -durante la fase del auge- la asignación prioritaria que se había hecho de los ingresos públicos y del crédito bancario disponible, con algunas importantes excepciones, se orientó hacia el desarrollo de la imprescindible infraestructura social, el plan de viviendas y el equipamiento de la industria ligera, así como a la continua mejora en los salarios reales fuera en el sector público o en el privado.

Se trataba de una aplicación para los recursos fiscales que tenía un bajo componente reproductivo "aguas arriba" en las cadenas de valor; pero, a la vez, ejercía notable presión alcista en la demanda originada en los sectores asalariados. Esta última tendencia era contradictoria con respecto a las restricciones de oferta mencionadas en el párrafo anterior, circunstancias que se agravó ya a fines de los años '40. Por cierto, desde 1948 abundaban las señales en ese sentido, evidenciando el agotamiento del modelo que había permitido al General Perón no sólo consolidarse en el poder, sino que también le permitiría lograr cómodamente ser reelecto en 1952.

Durante los años 1949/51, paulatinamente la política económica había ido virando para adaptarse a las nuevas condiciones y ese movimiento se aceleró al no estallar la esperada tercera guerra mundial. Pero las contingencias climáticas, que llevaron a la virtual pérdida de la campaña 1951/52, vinieron a perturbarlo todo. No debe desdeñarse la importancia que en este giro histórico de carácter negativo tuvieron tanto la mayor competitividad de la oferta mundial de alimentos que profundizó la tendencia bajista en los precios internacionales y luego (en setiembre de 1950) la fuerte depreciación en el valor de la libra esterlina, que acotó aún más el poder de compra de las exportaciones argentinas por ser la moneda en la que eran mayores nuestras tenencias de divisas.

Serenata de la muerte de Eva

Cancionista

Toquen suave, muchachos,
¡porque se siente enferma!
Tiene la frente pálida,
y hoy ha
tenido fiebre.
Se desgajó en la lucha. Miró al
azul su flecha
y estuvo en la contienda
del amor, con su gente.
Toquen suave muchachos...que
esta noche la velan
con su oración de siglos, con su
oración de siempre,
los duendes de los sueños que
habitaron la tierra,
y hoy es noche en que todo se
ha llenado de duendes.

Coro

¡Toquen suave, muchachos!
No se olviden que duerme
Se han callado los astros
y el reloj no nos miente
Las ocho y veinticinco
de la cita en horario
La viajera ha venido.
La Historia se detiene.

Cancionista

Toquen suave, muchachos!
La serenata tiembla
frente al balcón en alto donde la
hermana duerme.
Tiene un suspiro tenue que se
anuda en la trenza.
Le dice adiós un pájaro. Juan la
besa en la frente.
Toquen suave, muchachos. Que
el silencio nos duela,
como duelen las cosas que se
van y no vuelven.
Pero Ella vuelve siempre,
y ha de volver inmensa
cuando Juan, una tarde de mayo
nos regrese...

Coro

¡Toquen suave, muchachos!
No se olviden que duerme
Se han callado los astros
Cancionista
La vida se detiene.

Catulo Castillo

Lo que ocurría en 1952 era, por lo tanto, la confluencia de un conjunto de adversidades, ante las cuales la política económica había tenido respuestas insuficientes o muy lentas, las condiciones internacionales no respondieron a los pronósticos y el golpe mortal fue dado por una sequía con pocos precedentes. Esta es siempre una circunstancia crucial en un país de base rural como la Argentina, más allá de los progresos que hubiera acumulado en materia de industrialización, diversificación de las exportaciones e integración productiva nacional. Y eso era algo que por entonces se encontraba lejano.

En el plano social las cosas no iban mejor; a la cerril oposición de los sectores directa o indirectamente vinculados con la actividad agropecuaria se sumaba la creciente inquietud en la industria nacional por sus problemas de abastecimiento y la súbita aparición de conflictos gremiales, entre los que se destacaron aquéllos protagonizados por ferroviarios y metalúrgicos (estos últimos en rebeldía con la conducción oficial de la UOM), alcanzando niveles de acatamiento que hasta poco antes eran impensables. Por su parte, los nóveles dirigentes empresarios que integraban la flamante CGE frecuentemente se acercaban al Gobierno para reclamar contra los "desmedidos" reclamos sindicales, así como por la "indolencia y vagancia" que reinaba entre los trabajadores. Con tal actitud, objetivamente se convertían en parte del problema que agobiaba al Gobierno, aportando poco por ayudar a resolverlo.

Más allá de los discursos y las adulaciones de los burócratas, el Gobierno no ignoraba los cambios que se verificaban en el escenario. Por el contrario, visto en perspectiva se advierte que demostró una aptitud mayor que la oposición para leer las nuevas señales de la realidad económica y social; así, apostó al máximo su innegable caudal político para imponer acciones que suponían sacrificios (hasta entonces inéditos en ese Gobierno) a los sectores de ingresos medios y bajos de la población.

Los nuevos e inciertos rumbos

Dentro de todas las dificultades que debían superarse, el

segundo gobierno del General Perón podía capitalizar la ventaja de haber logrado, durante el crítico período 1949/52, poner en marcha cambios estructurales muy significativos en su estrategia económica (como ya mencionamos, si tales acciones no maduraron antes, se debió tanto a las severas contingencias climáticas de 1951/52, como a la mediocre respuesta sectorial interna a los incentivos dispuestos para el agro). Precisamente el "nuevo trato" al sector rural era una pieza muy importante de esta política, y esos cambios los pudo llevar a cabo pagando tan sólo costos menores en términos de crédito político, tal como se evidenció en los comicios para la Asamblea Constituyente de 1949 y en las elecciones presidenciales de 1952. Ello se debió a la sólida correlación de fuerzas sociales en que se apoyaba. No debe sorprender entonces que el "Segundo Plan Quinquenal" constituyera un documento más operativo y anclado en proyectos concretos que los vagos enunciados contenidos en el Primer Plan.

Cabe recordar que no sólo los precios internacionales de las materias primas seguían en baja, sino que, por entonces, las economías de Europa occidental, transcurridos ya a cinco años de terminada la Segunda Guerra, recién comenzaban a recuperarse, y ello solamente gracias al lanzamiento del Plan Marshall. Todo tardó más de lo esperado, entre otras cosas porque la referida iniciativa de los Estados Unidos privilegió a las inversiones en la Alemania Federal para evitar nuevos avances de los soviéticos en el continente. Por ende, inicialmente en el resto de Europa el impacto de las masivas inversiones integrantes del Plan fue menor, y el rezago tecnológico respecto a las nuevas unidades productivas que se localizaban en territorio alemán se tornó más notable.

Son, entonces, esas circunstancias las que afectaron la capacidad importadora de alimentos por parte de los países a los cuales tradicionalmente abastecía la Argentina. Por ejemplo en 1951 los ciudadanos británicos y franceses (ni hablar del hambre español) todavía dependían de sus bonos de racionamiento y completaban su dieta, aquéllos que podían hacerlo, comprando en el mercado negro de alimentos. Ciertamente, la Argentina por entonces tampoco podía ya darse el lujo de mandar barcos con trigo de regalo.

Indicadores de la actividad económica interna

(índice base 1946=100)

	Valor de las ventas de grandes comercios minoristas	Construcción privada, superficie cubierta	Valor de las transacciones bursátiles	Cheques compensados	Ahorro bancario
1947	125,0	87,2	110,4	131,5	119,3
1948	182,7	83,0	158,7	168,8	137,8
1949	245,2	79,8	93,2	173,5	158,0
1950	293,5	75,8	54,0	200,1	180,0
1951	388,1	78,7	62,5	273,8	189,9
1952	368,5	71,1	45,4	288,9	210,5
1953	340,8	55,9	65,7	320,9	261,3
1954	375,3	66,9	163,8	355,2	317,0

FUENTE: FIDE, con datos de la *Memoria Anual 1954*, BCRA.

Entre otros efectos, las adversidades en materia comercial externa, que por entonces soportó la Argentina, rebotaron en términos de menor capacidad para comprar en el exterior bienes manufactureros imprescindibles, principalmente los originados en los Estados Unidos. En particular se redujo en dos tercios el volumen de las compras argentinas a ese país (que además era competitivo con las exportaciones primarias de la Argentina) ante la penuria de dólares disponibles en el Banco Central. Inevitablemente, fue necesario ajustar los tipos de cambio para sostener los ingresos por las ventas y ello derivó en un efecto alcista sobre los precios internos.

Comprobar -pese a tantos discursos oficiales de fuerte contenido nacionalista, tan antibritánicos como antioligárquicos y a favor de una industrialización autarquizante, que habían sido el común denominador desde la revolución de junio 1943 en adelante- la vigencia tanto del antiguo vínculo con Gran Bretaña como del poder que detentaban los sectores tradicionales vinculados con la producción de alimentos, fue una de las lecciones recogidas

cuando apareció la recesión interna y el desequilibrio de pagos externos. Se ratificó, en los hechos, el carácter inmodificable que tenía nuestra dependencia en relación a la exportación de unos pocos bienes primarios, los cuales eran elaborados por la clase rural tradicional, sin incorporar grandes innovaciones a las viejas rutinas del sector agropecuario y sin intentar grandes diversificaciones en sus mercados.

La Argentina, cuando ingresó en la década de los '50, continuaba metida en un esquema de relaciones duales -vendiéndole a Gran Bretaña y comprándole a los Estados Unidos, produciendo materias primas agropecuarias e importando manufacturas- que le otorgaba pocos grados de libertad para su desarrollo económico a mediano y largo plazo. Las dificultades europeas de esos años no sólo acotaban nuestro mercado potencial, sino que nos impedían, lo que era más grave todavía, abastecernos de manufacturas imprescindibles que podían comprarse exclusivamente en los Estados Unidos. A ello se sumó el hecho crucial de no cumplirse el pronóstico de una tercera guerra mundial.

Importaciones argentinas por grandes rubros

(en miles de toneladas y en millones de m\$n.)

	Cantidades (miles de tns.)				Valores de plaza (millones de m\$n.)			
	1951	1952	1953	1954	1951	1952	1953	1954
Sustancias alimenticias	205	422	223	236	489	545	534	754
Tabaco	3	-	1	-	25	2	1	1
Bebidas	3	1	-	-	28	5	4	5
Textiles y sus manufacturas	124	39	112	124	1064	826	516	446
Arpillera	71	15	97	100	302	60	312	284
Tejidos de algodón	1	-	-	-	89	27	1	-
Hilados de algodón	6	10	1	-	261	518	79	19
Otros textiles	46	14	14	24	412	221	124	143
Productos químicos y farmacéuticos	336	202	124	205	857	445	381	661
Carbonato de sodio y soda cáustica	128	98	65	75	64	62	36	29
Anilina negra y de otros colores	3	-	1	2	97	18	20	51
Otros prod. químicos y farmacéuticos	205	104	58	128	696	365	325	581
Papel, cartón y sus manufacturas	196	162	34	61	425	480	60	109
Madera y sus manufacturas	1063	639	524	799	884	711	399	675
Hierro y sus manufacturas	1032	579	369	1100	1604	1127	498	1131
Hierro en chapas sin trabajar	275	67	83	321	508	145	139	397
Otros artículos de hierro	757	512	286	779	1096	982	359	734
Maquinarias y vehículos	181	157	170	131	1922	1461	1479	1410
Máq. y motores diversos y sus repuestos de más de 1000 kg.	38	34	52	51	310	304	307	471
Otros artículos	143	123	118	80	1612	1157	1172	939
Metales (excl. hierro) y sus manufacturas	191	111	76	107	681	429	294	393
Hojalata sin trabajar, cortada o no, sin pintar	85	68	52	68	178	151	106	125
Otros artículos	106	43	24	39	503	278	188	268
Piedras, tierras, vidrios y cerámica	575	620	65	314	302	311	92	145
Combustibles y lubricantes	7945	8061	7274	7997	1095	1268	987	941
Caucho y sus manufacturas	27	17	23	26	242	169	106	96
Otros artículos	171	85	81	35	874	582	316	320
Total general	12052	11095	9076	11135	10492	8361	5667	7087

FUENTE: FIDE, con datos de la *Memoria Anual 1954*, BCRA.

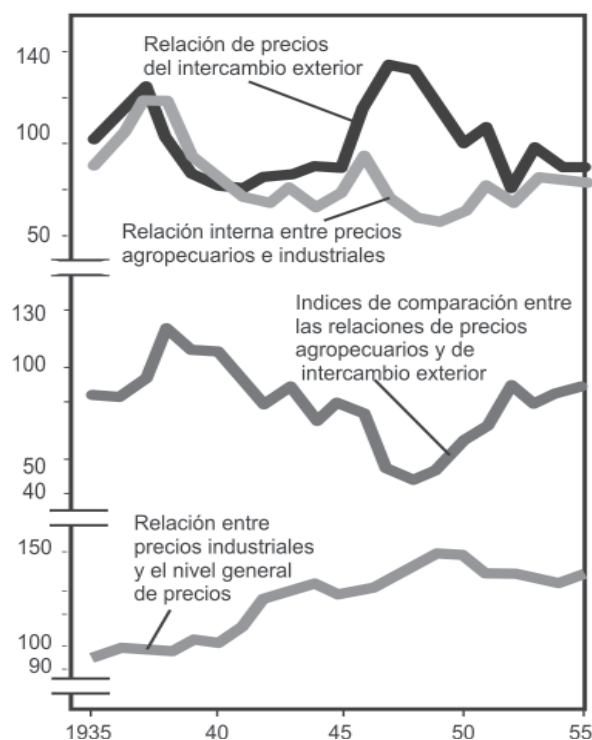
Estas "lecciones del pasado" son útiles para aportar elementos de juicio a un debate objetivo, tanto acerca de la famosa cuestión de las prioridades que se habían seleccionado durante la previa fase expansiva, como sobre la eventual existencia de alternativas viables a ese camino elegido. Durante el primer peronismo, en efecto, no se privilegió el desarrollo de la industria pesada, sino la distribución del ingreso a favor de los trabajadores que dinamizaría el mercado interno de bienes relativamente sencillos y de producción interna.

En este último plano al empresariado local le tocó la función de realizar la "industrialización fácil" y jamás alcanzó la escala de una burguesía progresista

Ahora bien, cuando se cuestiona el "distribucionismo" del primer gobierno peronista, cabe preguntarse: ¿existía en ese momento histórico -el mundo de la segunda post guerra- una oferta de tecnología, equipamiento e inversiones de riesgo accesibles para su radicación en la Argentina y que pudieran realizarse, además, contra la opinión del Departamento de Estado? En segundo término, al verificarse en la Argentina una situación interna notablemente distinta respecto a la del quinquenio anterior, se advierte que esa nueva realidad también constituyó un elemento de juicio que debió ser ponderado a la hora de evaluar las decisiones adoptadas para superar la ola recesiva en que el país había ingresado. En esas condiciones, se enfatizaba el fortalecimiento del ahorro interno y se legislaban normas para atraer inversión extranjera de riesgo.

Desde el punto de vista de la macroeconomía, ya en 1948, con el cambio de signo en las tendencias del ciclo -describiendo una nueva circunstancia, cargada de problemas e incertidumbre- virtualmente se cerraba una década de crecimiento que había arrancado en 1938, pero cuyos contenidos cualitativos se modificaron profundamente a partir de 1944.

RELACIONES INTERNAS DE PRECIOS AGROPECUARIOS E INDUSTRIALES Y SU COMPARACION CON LA RELACION DE PRECIOS DEL INTERCAMBIO EXTERIOR



FUENTE: FIDE, con datos de *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico*, CEPAL.

Exportaciones argentinas por grandes rubros

(en miles de toneladas y en millones de m\$.n.)

	Cantidades (miles de tns.)				Valores de plaza (millones de m\$.n.)			
	1951	1952	1953	1954	1951	1952	1953	1954
Granos y subproductos	3723	1174	5187	7760	1604	612	2023	2199
Otros productos agrícolas	991	929	1070	942	1485	874	1126	874
Animales vivos	75	58	39	22	103	97	62	49
Carnes	293	236	269	283	1012	884	1286	1350
Subproductos ganaderos	168	122	129	133	288	195	232	250
Cueros	129	163	151	144	562	415	404	454
Lanas	59	106	155	97	912	719	1140	753
Productos lecheros	29	25	60	54	167	110	292	304
Productos forestales	226	167	174	130	320	316	396	300
Minerales	44	25	15	27	19	20	38	10
Otros	51	33	36	37	241	150	190	178
Prod.manufacturados	35	21	25	28	194	122	154	151
Varios	16	12	11	9	47	28	36	27
Total general	5788	3038	7285	9629	6713	4392	7189	6721

FUENTE: FIDE, con datos de la «Memoria Anual 1954, BCRA».

Las nuevas tendencias con que terminara la década del cuarenta, efectivamente, ya estaban de manifiesto en 1948 y más notoriamente en 1949. Como surge de la documentación disponible, el Gobierno operaba para modificarlas, pero aún constituían señales borrosas para el conjunto de los argentinos. La población seguía gozando de pleno empleo y con la vigencia garantizada de sus buenos salarios reales. Por ende, no tenía la misma percepción de los hechos que, por ejemplo, la CEPAL luego describiera en su informe de 1956.

En el peor de los casos, los argentinos medios sufrían ciertos problemas evidentes -por ejemplo el consumo de pan negro, las limitaciones en el abastecimiento de kerosene, las dificultades en materia de transporte popular o la necesidad de contar con permiso para realizar algunas pocas importaciones imprescindibles-, juzgadas como adversidades circunstanciales que tarde o temprano serían superadas y para volver a los dorados viejos buenos tiempos; sólo bastaba con una buena cosecha, o dos. El origen y la divulgación de los problemas muchas veces se adjudicaban a la actividad opositora o la agresión externa.

La cuestión gremial

Durante el primer gobierno peronista, las huelgas y otras movilizaciones de los trabajadores generalmente tuvieron lugar en gremios cuya conducción estaba vinculada a partidos de izquierda que se encontraban en la oposición o donde los sindicalistas enrolados en el oficialismo no tenían el control absoluto de la organización. Pero también tuvieron por escenario a ciertas actividades que, en términos relativos, registraban una menor expansión que la verificada en aquellas manufacturas vinculadas con la sustitución de importaciones. Tal fue el caso de ferroviarios, bancarios y gráficos. Se trataba de trabajadores que, además, ya disponían de leyes que les otorgaban condiciones laborales mejores que al resto desde varios años antes de arribar el peronismo al poder. Ahora, ante el auge de actividades como la industria o la construcción, veían perder su ponderación dentro de la correlación de fuerzas sindicales.

También existieron movilizaciones de protesta en áreas donde la lucha de los trabajadores se fundaba en razones objetivas provocadas por el mal desempeño sectorial. Tal fue el caso de

las ocurridas en 1948 debido a las disminuciones en las exportaciones cárnicas, circunstancia ante la cual las empresas frigoríficas decidieron unilateralmente presionar para reducir la nómina salarial; otro tanto ocurrió en la industria azucarera. En ambos casos las organizaciones gremiales tenían, además, un pasado de largas luchas encabezadas por dirigentes de origen comunista y/o anarquista. Pero por entonces sus trabajadores integraban abrumadoramente el movimiento de masas peronista.

Durante el período que arranca en 1952, el número de conflictos se amplió, evidencia que cuestiona la idea convencional de que el Gral. Perón manipulaba arbitrariamente a las masas obreras. No puede asumirse, como si se tratara de datos tan evidentes que es innecesario probarlos, que el movimiento obrero era indiferente a los cambios en la economía, ni que continuaba sosteniendo ciegamente sus reivindicaciones frente a la crisis primero y después en relación a las nuevas políticas orientadas a "ligar las mejoras salariales con los progresos en la productividad" y aceptar un paréntesis de dos años sin habilitar las convenciones colectivas. En esta materia es necesario no confundir la actitud de la cúpula cegetista con la variada gama de comportamientos verificados tanto en su dirigencia intermedia como en las bases.

"En mi opinión, en los niveles más altos, el movimiento obrero se redujo virtualmente a ser un agente del Gobierno, mientras que al nivel de las bases todavía seguía existiendo un grado importante de autonomía. En este sentido, mi propuesta amplía la línea revisionista del período 1952/55, haciendo la salvedad de que la clase obrera gozó durante estos años de menor autonomía que en la época anterior(...)"

"Acostumbrada a controlar el movimiento obrero, la CGT fue sorprendida cuando en mayo de 1954 numerosos gremios cuestionaron su liderazgo. Atrapada en su dependencia hacia Perón y las demandas de las bases, la CGT fue incapaz de articular una posición coherente. Vacilaba entre criticar a la dirección de los gremios disidentes y culpar a los empresarios por los conflictos, lo que implicaba en este último caso justificar de hecho los movimientos de protesta. La CGT nunca apoyó abiertamente las huelgas. Sin embargo, fue consciente del estado de ánimo de las organizaciones obreras de base. Temiendo que una actitud represiva minara aún más su legitimidad, la CGT resolvió finalmente no frenar las movilizaciones salariales".

(Scout Mainwaring, "El movimiento obrero y el peronismo", Desarrollo Económico nº 84, vol 21, enero-marzo de 1982).

La cúpula de la CGT sí se atuvo acriticamente a la línea que bajaba el Poder Ejecutivo. Pero no ocurría lo mismo a medida que se descendía en la escala de la estructura gremial. Tal fue el caso de las seccionales y de las comisiones internas de las fábricas. Tuvo lugar una serie de huelgas importantes, generalmente motorizadas desde las bases, que abarcaron conflictos hacia una diversidad de sectores como metalúrgicos, textiles, del caucho, del tabaco, del calzado, del vidrio, del cemento, lecheros, de la sanidad, del vestido y portuarios, gremios todos que, a excepción de los portuarios, habían crecido en su cantidad de afiliados al calor del peronismo y sus dirigentes eran mayoritariamente peronistas.

Quien analice estos comportamientos debe reparar en que, primero -y a diferencia con otros sectores de la economía-, las

Número de obreros empleados en el sector industrial

Año	Obreros	Empleadores
1935	474498 (89%)	
1939	534605 (100%)	63106 (100%)
1941	633411 (118%)	74086 (117%)
1943	756222 (142%)	87278 (137%)
1946	938387 (176%)	136484 (201%)

FUENTE: FIDE, con datos de Desarrollo Económico Revista de Ciencias Sociales, Nº 67.

reivindicaciones salariales de esos años en ningún momento suponían un cuestionamiento al modelo político y social vigente. En segundo término, debe apreciarse que, comparativamente con las dificultades que se enfrentaban en el plano económico, se trató de conflictos de baja magnitud y generalmente resueltos en el marco de la negociación bajo la tutela del Estado.

Por ello no debe sorprender que el Poder Ejecutivo se mantuviera renuente, pese a todo, a confrontar inflexiblemente con aquéllos que desde siempre constituían el baluarte principal de su régimen. Era necesario evitar nuevos frentes de combate y preservar el arco social en que se apoyaba el Gobierno, precisamente en esos años de creciente conflictividad política que desembocaron finalmente en el golpe de estado de septiembre 1955.

Esta fue una premisa inmodificable durante los dos primeros gobiernos peronistas, más allá de los cambios estructurales ocurridos en la política económica en el primer quinquenio de los '50. Sólo a través de las instituciones estatales se podía superar los conflictos de clase -lo cual significaba, desde su punto de vista, evitar la tentación de instalar condiciones revolucionarias que cuestionaran al sistema capitalista- reconciliando a trabajadores y empresarios, pero incorporando un tercer socio, "primus inter pares" ("unidos bajo el amor de Dios", como por entonces rezaba el Himno a la Fiesta del Trabajo) como era el Estado peronista y sus instituciones.

Pero, además, la turbulencia que podían alcanzar las tensiones sociales no debe ocultarnos la percepción de que la clase trabajadora argentina atravesaba una etapa donde era plena la vigencia de un fenómeno de carácter sociológico, al que luego los estudiosos de las cuestiones del trabajo, como Robert Castel (en *"La metamorfosis de la cuestión social"*, ed. Paidós, Buenos Aires, 1997) definirían como la plena vigencia de la "condición laboral". Se entiende por tal una época en que se consolida no sólo una elevada y sostenida participación de las remuneraciones al trabajo dentro del ingreso nacional, sino que se accede a una nueva etapa superior, cuyo dato fundamental es la aparición de una cultura de inclusión social que se manifiesta en la posibilidad de la vivienda, la educación de los hijos y la imposición de costumbres propias, ajenas al estereotipo de imitación europea de larga data en la Argentina.

Adoptando el año 1943 como base=100, el índice de los salarios reales estaba en 165, después de haber alcanzado un pico de 181 en 1949 y un piso de 143 en 1952. Este es otro indicador de cómo venían madurando favorablemente los cambios de política económica dispuestos para superar la fase recesiva 1949/52. Es más, medida en promedio, la participación de los salarios en el PIB fue mayor (alcanzando al 49,1%) en el período 1952/55 al 41% del lapso 1946/48 (tomado de Mainwaring, op. citado). Se trata de señales que se suman a las numerosas pruebas que contradicen a las hipótesis con que arribó el Dr. Prebish a Buenos Aires en 1955, las que analizaremos en detalle en el próximo capítulo.

No se trata de erróneas apreciaciones subjetivas, inducidas por la abundante publicidad oficial de aquellos años. Esta vigorosa configuración social de nuevo tipo, con fuerte impronta en los conos urbanos de las principales ciudades del país no ocurría en el vacío, sino que se fundaba en evidencias tangibles y tenía

como correlato político a un movimiento policlasista, pero de base sindical: el peronismo, que -ya señalamos- desechara explícitamente la contradicción entre capital y trabajo.

El peligro en que luego sería puesta la "condición laboral" -particularmente con el auge del neoliberalismo desde mediados de los '70- en su carácter de forma social predominante y la degradación sufrida por los ingresos de los trabajadores, ambos fenómenos interactuando, habrían de engendrar el factor determinante de la presencia adquirida por el imaginario del peronismo y su vigencia como alternativa política mayoritaria en los tiempos que siguieron.

Acerca del bonapartismo, un comentario

En este punto permítasenos hacer un paréntesis antes de seguir adelante; lo juzgamos útil a la hora de abordar los vínculos establecidos entre el General Perón y los trabajadores. Cuando se analizan los pasos dados por el Gobierno durante aquellos años críticos y el consenso de que disponía el General Perón, exclusivamente, surge el interrogante sobre la categorización teórica del personaje y su gobierno ¿es válido definirlo como "bonapartista"? Desde nuestro punto de vista existen elementos de juicio suficientes para encontrar rasgos de bonapartismo (con las salvedades que impone el contexto histórico y social, diferente al de los tiempos en que se establecieron las categorías

Afiliados en sindicatos

Sector	1941	1945
Industria	144922	155269
Transporte	154907	118364
Servicios	117709	104384
Otros	29674	155236

FUENTE: FIDE, con datos de Desarrollo Económico Revista de Ciencias Sociales, N° 67.

Huelgas en la Capital Federal

Años 1946-1954

	Huelgas	Huelguitas
1946	142	333929
1947	64	541377
1948	103	278179
1949	36	29164
1950	30	97048
1951	23	16356
1952	14	15815
1953	40	5506
1954	18	119701

FUENTE: FIDE, con datos de Desarrollo Económico Revista de Ciencias Sociales, N° 67.

del marxismo) cuando se estudia el liderazgo de Perón durante sus dos primeros gobiernos.

Se entiende por bonapartismo al ejercicio de un poder personalista -que en este caso fue legitimado reiteradamente por la voluntad popular en cada confrontación electoral que debió superar-, que logra mantenerse por fuera de las contradicciones de clase. Esa capacidad de mando, delegada por las mayorías populares a partir de las reglas institucionales, constituyó el instrumento principal para el ejercicio de sus políticas de Estado y para imponer las normas que éste juzgó necesarias en cada etapa. De tal modo, en el caso argentino, prácticamente, el Estado pudo así jugar el papel que le habría tocado a una burguesía nacional, por entonces inexistente, para llevar a cabo el desarrollo capitalista.

"El concepto de "bonapartismo", como se ha dicho más arriba, fue reactualizado por León Trotski, con relación a los países coloniales, pero en un sentido bastante diferente al de Engels, de quien lo extrajo.

"Es verdad que ciertos rasgos del "régimen bonapartista", equilibrio por encima de las clases, etc., permiten calificar al peronismo en tal forma. Pero Luis Bonaparte, que con concesiones parciales a las diversas clases logró mantenerse en el poder durante un largo período, en los hechos se apoyaba en la clase más reaccionaria, el campesinado francés. El mismo Marx ha revelado la esencia particular del régimen de Luis Bonaparte: "La dinastía de Bonaparte no representa al campesinado que pugna por salir de su condición social de vida, determinada por la parcela, sino que, al contrario, quiere consolidarla; no a la población campesina que con su propia energía y unida a las ciudades quiere derribar al viejo orden; sino que, por el contrario,

sombríamente retraída en ese viejo orden, quiere verse salvada y preferida, en unión de su parcela, por el espectro del imperio. No representa la ilustración, sino la superstición del campesino. No su juicio sino su prejuicio, no su porvenir sino su pasado, no su Cévennes sino su moderna Vendée". Y en otra parte, dice Marx: "Bonaparte representa la clase más numerosa de la sociedad francesa, la de los cultivadores de parcelas".

"El "bonapartismo" de Perón sólo relativamente puede ajustarse a la historia argentina de esa época. Tal bonapartismo, en su contenido particular, no fue reaccionario sino revolucionario, conciliador a medias por su recostamiento en la clase trabajadora y no en las clases altas -oligarquía terrateniente, burguesía industrial naciente, campesinado chacarero-, fuerzas que, en definitiva, nunca le prestaron su apoyo y, en última instancia, resistieron al sistema en tanto el proletariado permanecía fiel a sí mismo. De este modo es como Rodolfo Ghioldi, luego de plagiar a Jorge A. Ramos, reduce, como siempre, el marxismo a groseras depravaciones. El propio Engels concibe también, en una aplicación particular del concepto, formas del "bonapartismo" progresistas, no reaccionarias. Engels, en efecto, estudió el contenido particular, no del régimen de Luis Bonaparte, sino de la monarquía prusiana bonapartista. Y consideraba este "bonapartismo" como un avance, con relación al feudalismo, en tanto sacrificó a "los junkers como clase". Engels sostenía que el bonapartismo fue la forma que adoptó la revolución burguesa en Alemania. Pero la burguesía "paga su emancipación social, gradualmente concedida, con la renuncia total a su propio poder político.

"Los ejemplos de Marx y Engels, distintos entre sí, no responden al caso argentino, más allá de cómo se ha repetido en la generalidad del concepto."

(J. J. Hernandez Arregui, "La formación de la conciencia nacional"; ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1960).

La legitimidad concedida por el voto popular, su apoyo en los sectores más dinámicos y el reemplazo de la acción de una burguesía progresista inexistente por la acción del Estado Nacional, son algunos de los rasgos salientes y peculiares del "bonapartismo peronista", si queremos apelar a esta categoría histórica.

El viraje impuesto por la recesión

Aquellos hechos ocurridos durante los años que abordamos en este capítulo virtualmente se convirtieron en una bisagra en el proceso de acumulación y reparto del excedente generado por la Argentina durante el período de la segunda post guerra. A lo largo de una primera fase, entre 1946 y 1948 el PIB había aumentado un 16% y se estima que la mejora de los términos de intercambio de la que disfrutó por entonces la Argentina volcó en el mercado interno el equivalente a 1500 millones de dólares. Esta riqueza, contrariando las tendencias seculares, no fue apropiada por los sectores tradicionalmente vinculados con la producción y exportación de materias primas agropecuarias, sino orientada a mejorar la distribución del ingreso y la disponibilidad de dinero en poder del Estado.

Este último, a su vez, lo orientó preferentemente, en el primer Gobierno, hacia el consumo de las mayorías, integradas por trabajadores residentes en las áreas urbanas, el gasto social y el desarrollo de un importante plan de obras públicas a lo largo

Indicadores económicos

1943-1955

(en tasa de variación y en porcentaje)

	Tasa de variación del PBN	Tasa de variación de la inflación	Salario real (índice 1943=100)
1943	2,7	1,1	100
1944	9,7	-0,3	111
1945	-4,8	19,7	106
1946	8,7	17,7	112
1947	12,7	13,5	140
1948	5,2	13,1	173
1949	1,5	31,1	181
1950	0,4	25,5	173
1951	3,8	36,7	161
1952	-5,9	38,7	143
1953	6,1	4,0	154
1954	5,0	3,8	165
1955	7,2	12,3	163

FUENTE: FIDE, con datos de *Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales*, N° 84.

de todo el país. Cumpliendo lo prometido, el Gral. Perón estaba generando una base política formidable, sin precedentes históricos. En ese período la participación de los asalariados en el ingreso nacional pasó del 39% al 46%, y el 75% de la inversión industrial se concentró en actividades como la metalmecánica y textiles, exclusivamente orientadas al mercado interno.

El ensayo resultó exitoso durante una larga primera fase, que puede detectarse en el lapso 1943/1948. Luego ocurrió lo que el Poder Ejecutivo definiría como *"una pausa"*. Lo cierto es que, ya ingresando en los últimos años de la década del '40, el modelo distribucionista manifestaba señales de agotamiento que imponían la necesidad de ajustes profundos. Y queremos insistir en esto: es la vigencia de esa sólida alianza política construida en la etapa anterior la que le permite al peronismo contener en su seno las tensiones sociales que inevitablemente van de la mano con las épocas de turbulencias y ajustes en la economía.

Los conflictos de clase nunca desaparecen, en todo caso permanecen contenidos cuando, durante una fase de auge, la política económica tiene la agudeza táctica de alentar un fuerte componente distributivo. En los años de la fase recesiva dichos conflictos salen a la superficie. No falta quien aprovecha la ocasión para estimular la tentación de volver atrás. Esto ocurría entre quienes querían retornar a las condiciones de los años '30, previas al auge peronista. Su eco popular fue nulo.

El tema central siempre está constituido por la acumulación de capital, su origen y destino. Desechada la vía revolucionaria, que jamás fue enunciada por el Gobierno de entonces, cuya instrumentación suponía imponer una estrategia de acumulación forzada expropiando a los ricos; y en un contexto de nulo acceso al financiamiento externo, con los viejos sectores del poder económicos escasamente motivados para encarar el riesgo de invertir, ¿cómo superar los desafíos que imponía la necesaria formación de capital? La cuestión no era menor, ya

que en ese recodo de la historia se trataba de acceder a los recursos imprescindibles para llevar a cabo las importantes modificaciones requeridas para volver a crecer, que además estaban acentuadas por los efectos de la gran sequía de 1951/52. Estos debían originarse en el ahorro interno y ello, entre otras cosas, suponía menores grados de libertad del Gobierno para seguir con los ajustes positivos en los salarios reales y establecer una conjunción de incentivos para ampliar el excedente originado en el sector primario.

Dicho en otros términos, era necesario invertir en acerías, fábricas de automotores o usinas eléctricas; y hasta entonces el sector privado sólo había tomado riesgos menores en los emprendimientos que poblaron al Gran Buenos Aires, Rosario o Córdoba. Se trataba fundamentalmente de tejedurías o establecimientos metalúrgicos de dimensiones cuya expresión más intensiva en capital habían sido, por ejemplo las fábricas Siam, Grafa o Centenera, Perón contaba con la ventaja que le otorgaba su enorme crédito popular. Y ésta era la carta de triunfo de que disponía exclusivamente quien conducía un movimiento autodefinido como policlasista, si bien no todas las clases y sectores respondían con igual fidelidad al liderazgo del General.

El líder del peronismo (y el pueblo peronista que lo acompañó) jamás pretendió salir de los límites de una economía mixta -donde, supuestamente, coexistieran pacíficamente la actividad privada con la pública-, dicho esto sin ignorar que durante los años del "asalto al poder", medidas como la congelación de arrendamientos y alquileres, los convenios colectivos de trabajo, la nacionalización de los depósitos y la conformación de una extensa franja de empresas públicas proveedoras de bienes y servicios habrían de provocar no sólo cambios estructurales muy importantes en la distribución del ingreso, sino también en la correlación de fuerzas políticas y de intereses sectoriales vigentes en el país. No escaseaba el fastidio en las clases altas respecto a los costos que tenían estas manifestaciones del populismo.



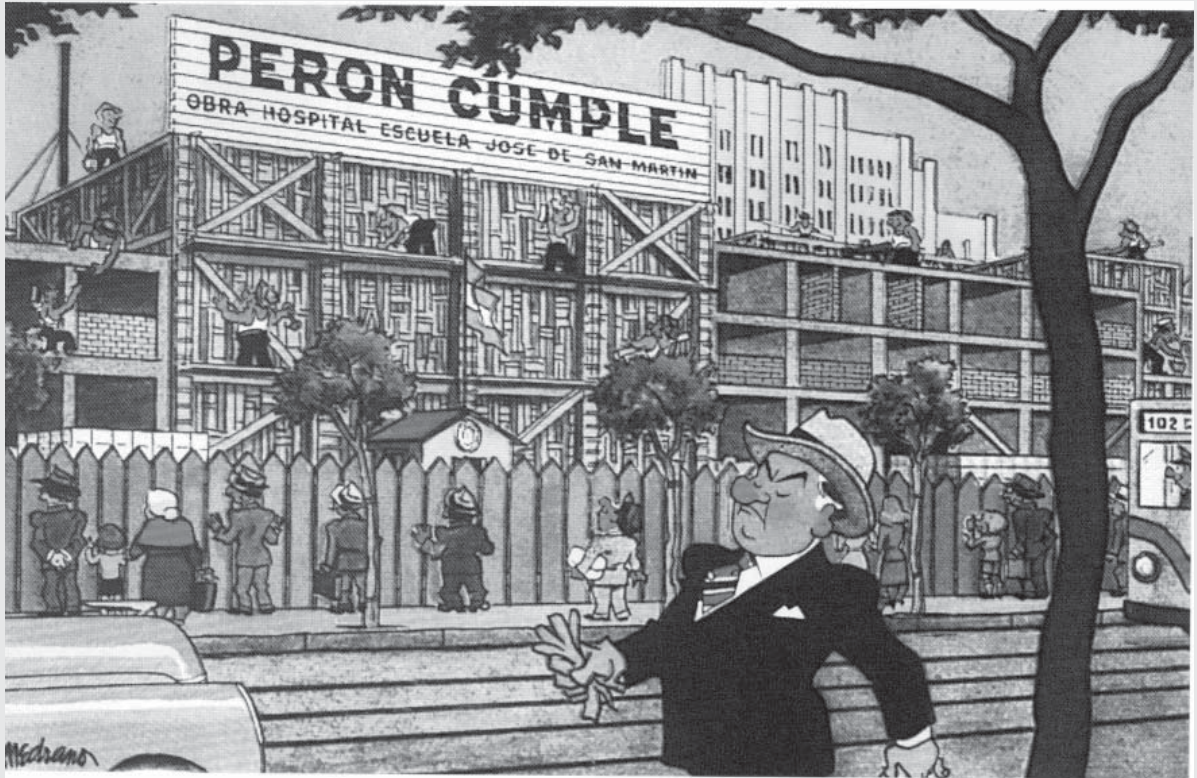
Pero ahora estamos analizando lo ocurrido a partir de 1952, luego de una gran sequía con pocos antecedentes en la historia de nuestra producción agropecuaria. Por entonces se verifican señales del desplazamiento hacia una política económica relativamente más ortodoxa, arrancan proyectos de inversión altamente intensivos en capital y se generan incentivos a la inversión externa. Pero el Gobierno siempre mantiene un delicado equilibrio con su base política. En tal sentido, acepta límites infranqueables en materia de ajustes y establece acuerdos con trabajadores y empresarios para minimizar los costos económicos y sociales de los mismos.

Una política no ortodoxa para evitar la crisis

El consenso con que contó ese líder "bonapartista", al que su base política, aún en muchos casos a regañadientes, otorgó el aval necesario para llevar a cabo acciones

El humor político, siempre presente.

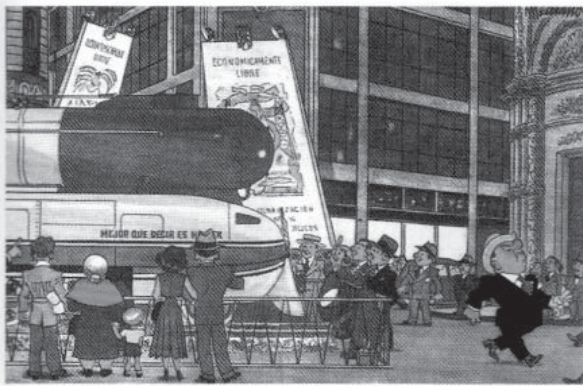
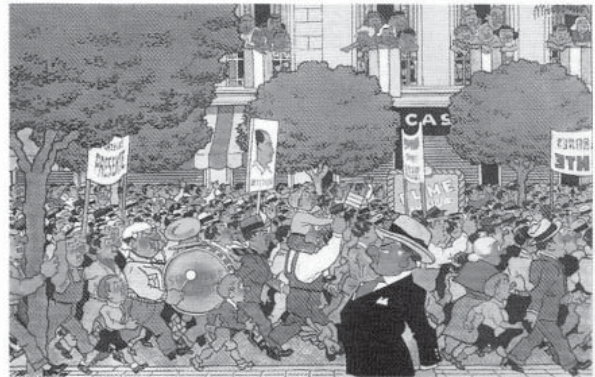
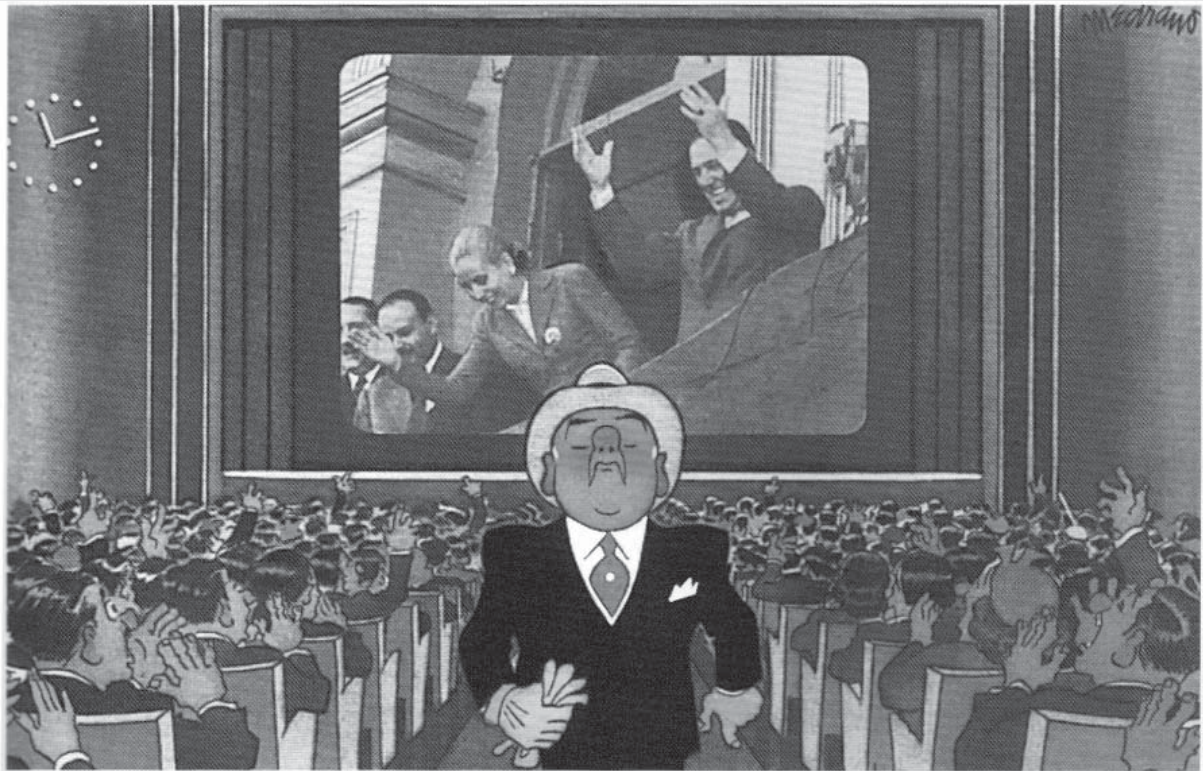
Historieta de José L. Medrano



El contreras



(*) Tomado de *La Argentina que ríe*, O. Cascioli y O. Califa, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 2008



cuyo sentido difería drásticamente del curso seguido durante 1943/48, constituye, probablemente, un caso único. Ello le permitió al Gobierno desenvolver políticas tan diferentes a las de su primer mandato, tanto en su sentido como en sus contenidos, que eran juzgadas como inevitables para superar las perturbaciones recesivas del lapso 1949/52. Pero se advierte que el núcleo duro del "pensamiento peronista" se mantenía vigente. Es notable cómo oficialistas y opositores siempre se aferran a la vigencia de aquel pasado que más se acerca a su imaginario político juzgando a los fenómenos del presente como meras coyunturas transitorias.

Para muchos peronistas, tarde o temprano, se volvería a los tiempos del primer gobierno; quienes se oponían juzgaban al peronismo como un fenómeno transitorio y esperaban el retorno a los "tiempos de la república" tal la definición de Pinedo. Ambos practicaban la esquizofrénica actitud de ignorar la evidencia de los cambios que estaban ocurriendo -en el mundo y en la Argentina-, así como el impacto de los ensayos que se venían probando para ingresar en una etapa diferente en el desarrollo económico. Se llegaba al extremo, en el campo popular, de juzgar a estos últimos como una fatalidad que ocurría porque ya no estaba Eva Perón para evitarlos.

En junio de 1952 era ministro de Finanzas el Dr. Miguel Restivo, quien enunció como principales objetivos acrecentar la producción agropecuaria, estimular la reducción en las importaciones y promocionar a las exportaciones de rubros con saldos disponibles; así como practicar la "austeridad en el consumo" (toda una novedad) y el fortalecimiento del ahorro interno, público y privado (lo cual suponía el ejercicio de ajustes fiscales y la creación de instrumentos para captar el ahorro popular). La idea era que el país se recuperaría sin acudir al ahorro externo, algo de por sí bastante problemático, más allá del ideario autarquizante que aún predominaba por entonces.

Esta idea de las cosas tuvo su correlato en las políticas diseñadas en materia cambiaria y monetaria. Claro está, existía un diagnóstico previo -bastante crítico- sobre las tendencias predominantes en los organismos multilaterales que el Gobierno hizo suyo. Pocos meses antes, el Dr. Gómez Morales, presidente del Banco Central, había dado su opinión, muy escéptica, acerca del sistema internacional de pagos puesto en marcha en Bretton Woods. Ratificó que no juzgaba conveniente para los intereses argentinos adherir al FMI. También expresó su desilusión acerca de que, eventualmente, ocurriera una prolongación del Plan Marshall hacia América Latina, congelando las expectativas optimistas que oportunamente se habían creado al respecto. A partir de ese diagnóstico y de las exigencias que imponía el programa económico interno, señaló:

"El correcto manejo instrumental del oro en los pagos internacionales, y del papel moneda en el aspecto interno, requiere, por un lado, la acumulación de oro y di-

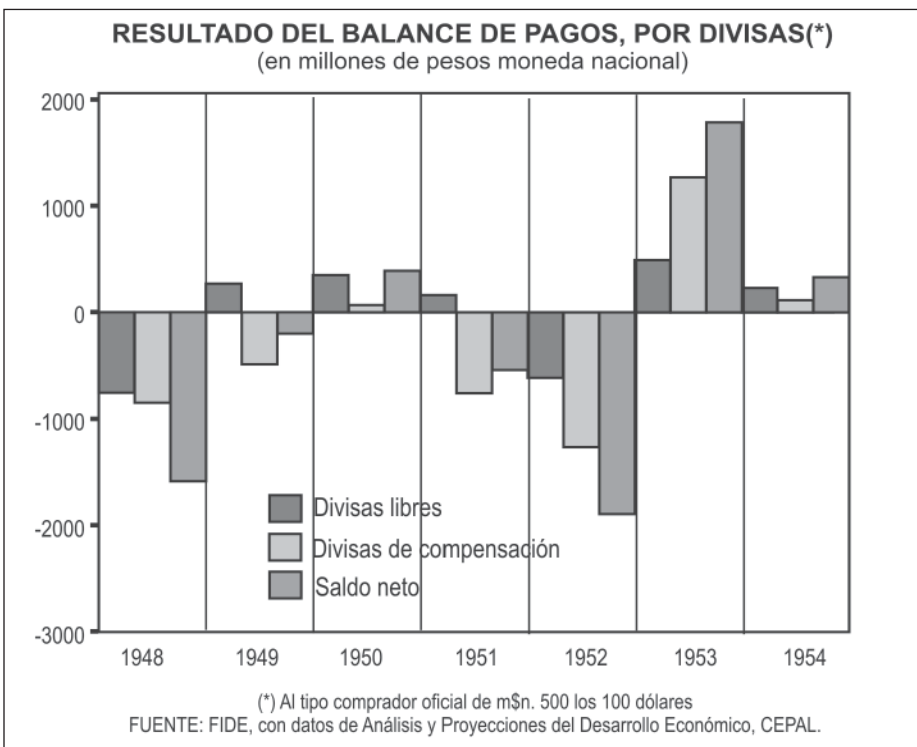
visas para hacer frente a aquellas necesidades y por el otro la orientación de la política interna de emisión y de crédito, sin que deba depender en forma automática o casi mecánica de aquellas reservas. Se impone elaborar una fórmula adecuada para sustituir los porcentos de garantía sobre circulación monetaria y obligaciones a la vista por provisiones concretas que surjan de la experiencia. Esto se complementa con la revisión de la ley monetaria de 1881, la ley de conversión de 1889 y demás disposiciones legales referentes a la función del oro.

"Las autoridades monetarias deben sustituir el automatismo de contracción y expansión de los medios de pago de manera que eviten las fluctuaciones monetarias y puedan crearse las condiciones indispensables para lograr el mantenimiento y un alto nivel de ocupación y la estabilidad del valor adquisitivo de la moneda. El organismo ejecutivo de esa política será el Banco Central."

(Alfredo Gómez Morales; debate en la Cámara de Diputados de la Nación, el 15 de setiembre 1949, sobre el proyecto de reforma bancaria).

Es necesario subrayar que, más allá del viraje en la política económica, declaraciones de este tipo suponían adoptar frente a la crisis un posicionamiento inverso al practicado durante los años de la "década infame", y particularmente durante los tiempos que precedían a la inminente Segunda Guerra Mundial, cuando los responsables de administrar los intereses argentinos siempre privilegiaban a la estabilidad en el balance de pagos, el ejercicio de movimientos compensatorios para asegurar su equilibrio y la ratificación de una gestión de los negocios públicos que, en la práctica, estaba subordinada a la hegemonía británica.

Los hechos económicos que, a raíz de acontecimientos internacionales de pública notoriedad como la oportunamente referida devaluación de la libra, afectaron a nuestra economía ya en el curso del año 1951, se reflejaron en la depresión de los



precios que se percibieron por la exportaciones y en la necesidad de aplicar un drástico racionamiento para distribuir las cuotas de importación de materias primas y productos esenciales de origen industrial. Los mismos, a su vez, determinaron, ante la emergencia y desde un primer momento, la orientación del rumbo que debían seguir las autoridades monetarias argentinas en materia de aprovisionamientos foráneos y su financiamiento.

Como analizamos por separado, existía internacionalmente la convicción de que la tercera guerra mundial era casi inevitable. Si, debido a tales previsiones, las potencias mundiales acumulaban existencias en volúmenes superiores a los normales ante el riesgo de atravesar un conflicto en ciernes y cuya duración se ignoraba, la actitud más racional que correspondía adoptar al país en tales circunstancias era acelerar las compras en el exterior de aquellos bienes necesarios para que no se paralizara la actividad interna. Al mismo tiempo convenía acumular existencias de nuestros artículos de exportación para beneficiarnos de las subas en sus precios que traería la nueva guerra.

Como es sabido, ante el fracaso de las hipótesis bélicas y el comportamiento bajista en las cotizaciones mundiales de materias primas, el IAPI estuvo entre los principales afectados. Su desequilibrio resultó de haberse combinado la elevada existencia de cereales de que disponía -lo que en algunos casos llegaba al equivalente de una cosecha entera- con el compromiso establecido de garantizar precios mínimos a los productores. Estos valores superaban notablemente a los niveles internacionales.

La política elegida implicaba un uso intenso de las disponi-

bilidades monetarias. Las acciones dirigidas a desembarazar al Estado del prurito ortodoxo de conservar ingentes reservas áureas y divisas, acumuladas meramente para respaldar la circulación monetaria interna, fueron el camino elegido. Difícilmente puede calificarse a esas políticas, entonces, como "un retorno al conservadorismo". Se suponía como evidente que ello permitiría contar con los recursos necesarios para intensificar las importaciones y evitar un receso de la producción interna, susceptible de acaecer si la penuria de bienes extranjeros imprescindibles incidiera desfavorablemente en su volumen físico.

Veamos cómo lo interpretaba la misma Autoridad Monetaria: "*La reforma monetaria en la Ley N° 13.571: La nueva Carta Orgánica del Banco Central suprimió el artículo 28 de la anterior, que limitaba la tenencia de divisas al 20% del total de las reservas que respaldan la emisión de moneda y su inclusión para el cómputo de la relación de las reservas con los billetes y obligaciones a la vista, por no más del 10%, como también suspendió la vigencia del artículo 27, que determinaba que el Banco mantendría en todo momento una reserva suficiente para asegurar el valor del peso, en oro y divisas equivalente al 25%, como mínimo, de sus billetes en circulación y obligaciones a la vista*".

Decía el texto respectivo: "*En los momentos actuales, la emisión monetaria -como lo ha manifestado el Excmo. Señor Presidente de la Nación- ha de estar vinculada a la renta nacional y las tenencias metálicas o en divisas a las alternativas del balance de pagos, quedando al cuidado del Banco Central que se guarden las debidas proporciones, para que aquélla, en lo interno, cumpla su función intermediadora, como de un servicio público*

Permisos previos de cambio para la importación de mercaderías

Distribución en los años 1952 - 1954

(en millones de m\$.n. y en % sobre el total)

(en millones de m\$.n.)

	1952	1953	1954
Materias primas y productos semielaborados para las industrias	1486,2	2359,4	87,2
Maquinarias (incluidas las agrícolas), motores, herramientas, accesorios y repuestos	745,4	911,4	1251,4
Elementos para los transportes	567,4	336,2	831,7
Combustibles y lubricantes	1297,6	1195,1	1110,8
Artículos para consumo y otros productos	279,0	458,0	674,8
Total	4375,6	5260,1	7255,9

(en % sobre el total)

	1952	1953	1954
Materias primas y productos semielaborados para las industrias	34,0	44,9	46,7
Maquinarias (incluidas las agrícolas), motores, herramientas, accesorios y repuestos	17,0	17,3	17,2
Elementos para los transportes	13,0	6,4	11,5
Combustibles y lubricantes	29,7	22,7	15,3
Artículos para consumo y otros productos	6,4	8,7	9,3
Total	100,0	100,0	100,0

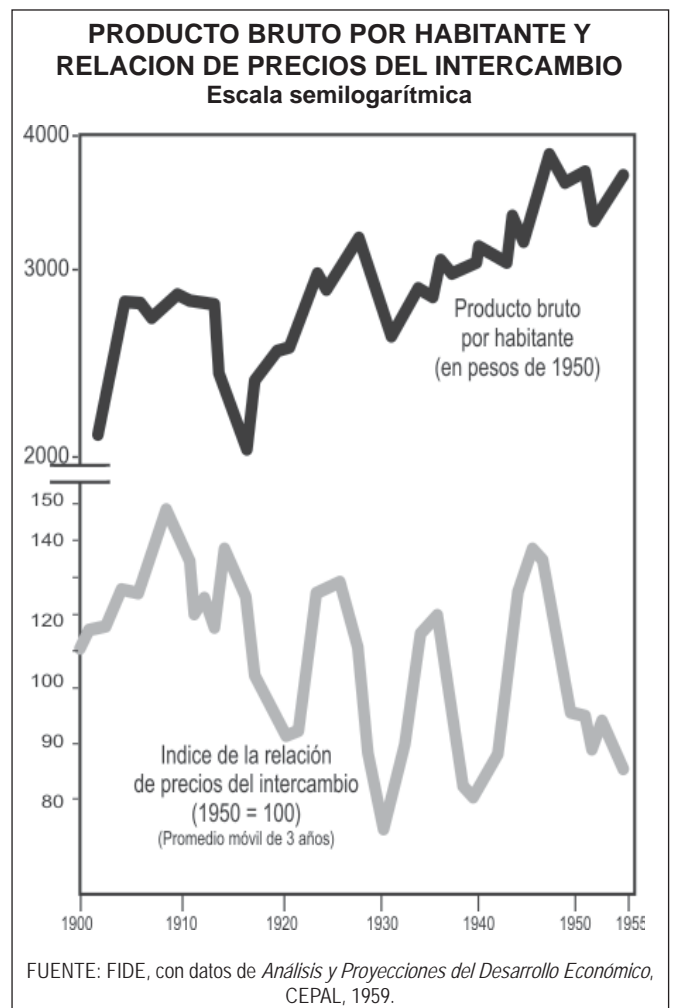
FUENTE: FIDE, con datos de la «Memoria Anual 1954, BCRA».

social, y éstas aseguren la estabilidad necesaria en los cambios exteriores".

"El Congreso de la Nación, con la sanción de la Ley n° 13.571, ratificó, entonces, la posición en que se colocó el Poder Ejecutivo frente al panorama mundial y sus hipótesis acerca del futuro, las necesidades de garantizar el desarrollo de la economía interna y las "auténticas exigencias de los superiores intereses de la Nación". (Banco central de la República Argentina, Memoria anual 1951).

Las decisiones tomadas implicaban, como señalamos más arriba, ejercer una política que era diametralmente opuesta a la seguida durante los años '30, cuando, ante la perspectiva cierta de una agudización de los conflictos bélicos, y pese a la probabilidad evidente de que fueran bloqueadas las fuentes de suministros extranjeros, se optó por mantener el equilibrio del balance de pagos, para conservar las reservas de oro y divisas, en desmedro de ejercer una política enérgica de importaciones que en ese entonces requería insistentemente la economía nacional. Como se recordará, a ello se sumó la ratificación de los "acuerdos de ataduras" con Gran Bretaña, que se habían establecido en 1933.

Los resultados de aquella postura ortodoxa en el tratamiento de las cuentas internacionales (heredados por el peronismo) fueron cuidadosamente estudiados por el Gobierno a la hora de elegir las políticas a seguir, toda vez que había sido muy gravitante su impacto, no sólo sobre el abastecimiento del mercado interno -que sufrió la escasez de materias primas y bienes durables en los períodos culminantes de la segunda contienda mundial, con su repercusión subsiguiente en los comienzos de la posguerra-, sino que también fueron altamente negativas las consecuencias del bloqueo ejercido sobre las libras propiedad de la Argentina en Inglaterra, dispuesto unilateralmente por el Imperio Británico una vez concluida la segunda guerra.



Ingreso bruto, producto bruto, efecto de la relación de precios, y el ingreso y el producto por habitante

	Población (miles) (A)	Ingreso bruto (mill.de pesos de 1950) (B)=(E)+(C)	Efecto de la relación del inter- cambio con respecto de 1950		Producto bruto (mill.de pesos de 1950) (E)	Por habitante (pesos de 1950)	
			(mill.de pesos de 1950) (C)	(en var. del ingreso bruto (D)=(C)/(B)*100		Ingreso bruto (F)	Producto bruto (G)
1940-44	14643	44883	-1025	-2,3	45908	3065	3135
1945	15390	48089	-747	-1,6	48836	3125	3173
1946	15654	54626	1429	2,6	53197	3490	3398
1947	15942	62010	2896	4,7	59114	3890	3708
1948	16307	64758	2405	3,7	62353	3971	3824
1949	16737	62257	713	1,1	61544	3720	3677
1950	17189	62291	-	-	62291	3624	3624
1951	17635	64642	420	0,6	64222	3665	3642
1952	18040	59210	-776	-1,3	59986	3282	3325
1953	18398	63225	-	-	63225	3436	3436
1954	18749	65510	-518	-0,8	66028	3494	3522
1955	19111	68206	-563	-0,8	68769	3569	3598

FUENTE: FIDE, con datos de *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico*, CEPAL.

El gobierno del Gral. Perón juzgaba que no era un argumento convincente el de tener transitoriamente un balance de pagos equilibrado y una tenencia considerable de oro y moneda extranjera en el Banco Central o en el exterior, si la colectividad experimentaba una escasez de bienes que podía afectar los niveles de ocupación y las condiciones de vida para las clases trabajadoras en el corto o mediano plazo.

Producto bruto e importaciones

Rubros seleccionados

(en millones de pesos de 1950)

	Producto bruto	Importaciones		
		Petróleo	Materias primas y productos intermedios	Total de bienes de consumo
1948	62353	424	3514	1705
1949	61544	375	3002	874
1950	62291	488	2711	635
1951	64222	502	3540	1043
1952	59986	552	2082	474
1953	63225	565	1639	375
1954	66028	559	2658	403
1955	68769	629	3137	538

FUENTE: FIDE, con datos de *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico*, CEPAL.

Los ajustes en materia cambiaria y de comercio exterior

Pero la pérdida de la cosecha 1951/52 vino a complicarlo todo. Un criterio "realista" orientó en todo momento la gestión de las autoridades e impidió -como se verifica en las estadísticas de la época- que la "pausa", como definiera a la recesión el Banco Central, agravara una fuerte tendencia negativa en el desarrollo económico que podía llevar la economía a un estado de depresión severa.

No era tarea sencilla compatibilizar la caída en la -de por sí- baja capacidad de exportación, dada su repercusión negativa sobre las tenencias de oro y divisas y su impacto ulterior en la contracción del poder de compra externo, con el "problema" de atender a una demanda interna creciente, fruto del mayor bienestar social. Esta debía encauzarse orgánicamente hacia una mayor propensión al ahorro para evitar la aceleración del proceso inflacionario ante las perspectivas de una contracción en los bienes y servicios disponibles.

De ahí las consignas básicas del Plan Económico de 1952 a cumplirse en esa etapa transitoria del proceso económico: acrecentar la producción agropecuaria y la de los otros renglones de la actividad nacional; orientar el comercio exterior hacia una reducción de las importaciones; estimular las exportaciones de aquellos productos con saldos disponibles, y promover la austeridad en los consumos, para facilitar el incremento del ahorro como factor indispensable en la reanudación de la futura expansión económica.

En materia cambiaria se establecieron los permisos de cambio de despacho automático. Este sistema, que se había implantado a fines de 1950 con el propósito de facilitar el abastecimiento, se amplió a una extensa nómina de aquellos bienes considerados esenciales, además de la importación de productos incluidos

Ingresos y egresos corrientes del balance de pagos

(en millones de dólares)

	Exportaciones y otros ingresos corrientes	Egresos corrientes			Sobranje de recursos corrientes
		Importaciones corrientes	Remesas de intereses y utilidades	Total	
1945	779	286	172	458	321
1946	1190	464	134	598	592
1947	1629	971	83	1054	575
1948	1422	1057	10	1067	355
1949	1026	890	10	900	126
1950	1168	800	13	813	355
1951	1184	1211	28	1239	-55
1952	693	926	10	936	-243
1953	1119	593	11	604	515
1954	1050	799	18	817	233
1955	948	973	40	1013	-65

FUENTE: FIDE, con datos de *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico*, CEPAL.

en los convenios comerciales suscriptos con países extranjeros, contemplando las necesidades de importantes sectores industriales. También se dio prioridad, como en años anteriores, a las solicitudes presentadas por organismos oficiales para diversos abastecimientos con fines de regulación de precios o del mercado consumidor y/o productor. Entre tales adquisiciones merecen señalarse las de cemento, pino brasil, cobre, hierro, acero, estaño, zinc, aluminio y plomo. Por último, se facilitó la introducción de materiales destinados a incrementar la producción de azufre, petróleo y energía eléctrica, y los necesarios para mantener o mejorar los transportes y comunicaciones. Fue necesario, asimismo, otorgar una prórroga en los vencimientos de permisos previos de cambio. Ello se justificaba en las anormales condiciones en que se desarrolló el comercio internacional a partir de las perturbaciones externas y la caída en la disponibilidad de pesos en el mercado interno.

Esta severa racionalización de los abastecimientos del exterior; la consideración del menor poder adquisitivo en ciertos sectores originado por los resultados precarios de las principales explotaciones agropecuarias; la política de austeridad en los consumos preconizada en el Plan Económico de 1952, y la contención en el ritmo de crecimiento de los medios de pago, mediante una sistemática política crediticia selectiva, afectaron durante ese año el volumen de la producción e impactaron negativamente sobre otras actividades, deprimiendo los índices económicos representativos.

Los problemas de la esfera real

El volumen físico de las exportaciones, que alcanzó en el año 1951 a 5.782.000 toneladas, resultó menor al del año anterior en 1.692.000 toneladas (22,7%) y el más bajo del último trienio. Por otra parte, en la versión del Banco Central, según su Memoria Anual correspondiente al 1952: *"El ritmo de la producción industrial en el año bajo informe y el movimiento descendente en los índices del valor de las ventas en los grandes comercios*

minoristas, de la superficie cubierta en la construcción privada y del monto de las transacciones bursátiles en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, ponen de manifiesto la pausa por que ha atravesado la economía nacional durante ese lapso".

El período que estamos considerando está impregnado por las consecuencias arrastradas por la que, ya dijimos, a juicio del BCRA era una "pausa" en la actividad económica. Pero este fenómeno en realidad, y como luego se registraría en las cuentas nacionales, constituyó una recesión severa. La preocupación del Gobierno ante circunstancias que superaban las expectativas más negativas, se explicitó en documentos como las famosas "veinte verdades" conocidas en 1950, los discursos del Presidente Perón, el contenido del segundo Plan Quinquenal de 1952 y las conclusiones del Congreso de la Productividad realizado en abril de 1955 en forma conjunta por el Gobierno, la CGT y la CGE.

Tales definiciones habrían de materializarse en acciones concretas, que suponían; 1) la búsqueda de un nuevo relacionamiento con el sector agropecuario; 2) el dictado de normas que supusieran un atractivo para el ingreso de inversiones externas y 3) la adopción de una nueva pauta para los ajustes salariales.

En esta última materia, específicamente, se impusieron límites a los aumentos de las remuneraciones y se prorrogó por dos años la vigencia de los convenios colectivos de trabajo. Pero también se instaló el criterio de que las futuras mejoras se vincularían cada vez más con progresos en materia de productividad y con la necesidad de evitar incrementos desmedidos de costos.

Contra todos los pronósticos, los precios obtenidos en 1951, si bien fueron en gran parte superiores a los del período anterior, no experimentaron las fuertes alzas que se verificaron en el caso de las importaciones. Esta disparidad entre los precios de exportación e importación -conocida como *"términos de intercambio desfavorables"*-, siempre constituye una de las ma-

Producción y exportaciones agropecuarias

(en millones de pesos de 1950 y en porcentaje)

	Producción (mill.de pesos de 1950)		Exportaciones	Consumo (mill.de pesos de 1950)	Porcentaje de	
	Pampeana	Total del país			Exportaciones en la producción pampeana	Consumo interno en la producción del país
1900/04	3958	4152	2177	1905	55	46
1920/24	6917	8724	4148	4315	60	49
1925/29	7738	9945	5179	4874	67	49
1930/34	8025	10546	5043	5437	63	52
1935/39	8575	11531	4984	6522	58	57
1940/44	9959	13401	3441	9877	35	78
1945/49	9072	12756	3652	8883	40	70
1950/54	8383	12482	2658	9797	32	78

FUENTE: FIDE, con datos de *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico*, CEPAL.

Protagonistas de la cultura popular. II

Oswaldo Pugliese

Su militancia declarada en el Partido Comunista -que mantuvo hasta su último día, a pesar de diferencias dentro del partido- le trajo prohibiciones varias, sobre todo durante tiempos peronistas. Eran épocas en que Pugliese caía preso seguido y sus músicos seguían tocando con un clavel rojo arriba del piano. De aquellas épocas se acumulan las anécdotas sobre los arreglos que Pugliese corregía desde la cárcel y los complicados mecanismos de publicidad que implementaban los hinchas de la orquesta. Cuenta Amílcar Tolosa, quien integró la orquesta, que *"Tenían todo un sistema montado para comunicarse entre ellos y pasarse la información, porque las fechas de la orquesta en los clubes no salían publicadas en ningún lado"*. Enrique Alessio, bandoneonista de Pugliese, recuerda que *"Cuando caía preso, hacía las orquestaciones en Devoto, yo las llevaba y después las ensayábamos con la orquesta."*



Hugo del Carril

En 1952, con *Las aguas bajan turbias* alcanzó el mayor éxito de su vasta filmografía. El guión pertenecía al militante comunista anties-talinista Alfredo Varela, que había sido encarcelado por el gobierno peronista y desde la cárcel colaboró con la adaptación. Pero Raúl Alejandro Apold, secretario de Prensa y Difusión, prohibió que Del Carril cantara en Radio Splendid, tildándolo de "comunista". Del Carril intercedió ante Perón por Alfredo Varela: *"¿Por qué está preso?"* preguntó el entonces Presidente. *"Por orinar frente a la embajada soviética"*, contestó el artista. Luego de reírse, el general respondió: *"Mire, al final somos todos un poco comunistas, si al final lo que buscamos es la justicia social"*. Varela fue liberado inmediatamente

Enrique Santos Discépolo

Una de las facetas fundamentales del universo de Enrique Santos Discépolo fue su comprometida militancia peronista. Y uno de los factores que provocaron su depresión y un final divorciado de la elite intelectual fue, justamente, este aspecto esencial, amén de su propuesta poética vinculada al conflicto social.

Discépolo murió distanciado de varios viejos amigos y criticado por sus pares, que le hicieron un vacío a raíz de su ideología. Defendió con convicción, ironía y vehemencia lo que él entendía un enorme avance en el desarrollo político y social del pueblo argentino, el gobierno de Perón.

La radio iba a ser el vehículo para difundir su ideario, en su famoso y fulminante micro-programa: *"¿A mí me la vas a contar?"*.

El último texto leído por Discépolo el 10 de noviembre de 1951, un día antes de las elecciones que concluyeron con el triunfo arrollador de Perón dijo:

"Mordisquito ¿A mí me la vas a contar?"

"Bueno, mirá, lo digo de una vez. Yo no lo inventé a Perón. Te lo digo de una vez, así termino con esta pulseada de buena voluntad que estoy llevando a cabo en un afán mío de liberarte un poco de tanto macaneo. La verdad: yo no lo inventé a Perón, ni a Eva Perón, la milagrosa. Ellos nacieron como una reacción a los malos gobiernos. Yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón ni a su doctrina. Los trajo, en su defensa, un pueblo a quien vos y los tuyos habían enterrado de un largo camino de miseria". (Fragmento)

En una de sus apariciones radiales anteriores dijo: *"... a mí no me duele que vos tengas más... me duele que los demás no tengan nada. ¿Te has olvidado que la vida de los otros vale tanto como la tuya? Por eso me escribís diciendo que este gobierno ha desatado una tormenta de clases. ¡Qué error el tuyo! Lo que ha desatado este gobierno no es una tormenta de clases, sino que ha desatado a un montón de clases que vivían en la tormenta... sin paraguas, sin comida, sin más sueños que los que dan el cansancio y la miseria. De gente como vos. Como vos, que sos capaz de llorar a gritos con una película de esclavos, y los has estado viendo morir de tristeza al lado tuyo durante tu vida, sin comprender cuál era tu destino generoso frente a ellos..."*.

Enrique Santos Discépolo asumió, como Leopoldo Marechal, aquello que *"El hombre por el solo hecho de nacer está comprometido, y el no compromiso es una manera de comprometerse..."*.

Así sus críticas y denuncias son proféticas. Se convirtieron en su legado; es la voz de aquellos que oprimidos por el dolor o la injusticia no gritan... callan



yores preocupaciones de los países exportadores de productos alimenticios o de insumos primarios para elaborarlos, caso de la Argentina. Cuando ello ocurre se encuentran obligados a colocar en el extranjero un mayor volumen físico de sus productos para recibir en canje cantidades decrecientes de otros bienes, pero en aquellos años nuestro país no estaba en condiciones de hacerlo. De todos modos, si hubiera podido, se advierte que entre otras consecuencias, tales movimientos presionan hacia nuevas bajas de los precios por las exportaciones.

Si además esta decisión de exportar más, cualquiera sean las consecuencias, se ve bloqueada por una caída en la producción originada en contingencias climáticas (como fue la gran sequía 1951/52, que pulverizó los excedentes exportables), se configura la peor situación posible.

En tanto no se obtuviera un incremento sensible en la producción agrícola-ganadera y en sus saldos exportables, la política a seguir durante el período de reajuste no podía ser otra que la de contener el consumo interno. Teóricamente ello debía ocurrir en el lapso entre las cosechas magras y las cosechas buenas. En aquellos años, reiteramos, todavía regía el criterio convencional de que un par de buenas cosechas podían originar un cambio positivo de tendencias en las variables macro, generando la aparición de presiones ascendentes en el desarrollo económico nacional.

Si no ocurría tal contingencia favorable, el sacrificio requerido sería mayor aún, debido a la necesidad de facilitar, en el ínterin, las compras esenciales en el extranjero. Se quería evitar una caída demasiado drástica de la producción industrial, la aparición del desempleo laboral y la baja consiguiente del nivel de vida de la población. Como vimos, el Gobierno no se resignó a asumir los dictados de la "fatalidad del mercado" y encaró políticas activas para preservar los ingresos de la población trabajadora.

Rendimientos por hectárea en la región pampeana

Quinquenios

(en pesos de 1950)

	Trigo	Demás cereales y oleaginosos	Agricultura	Ganadería	Agropecuario
1920/24	207	358	318	80	144
1925/29	208	379	310	87	163
1930/34	208	334	320	91	172
1935/39	232	339	310	101	177
1940/44	260	370	358	122	202
1945/49	260	285	320	125	183
1950/54	273	288	330	108	165

FUENTE: FIDE, con datos de *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico*, CEPAL.

Vale la pena reiterar que esa dosis elevada de sacrificio popular sólo era viable a partir de contar con el respaldo político de que disponía el Presidente Perón y, fundamentalmente, por el apoyo del movimiento obrero. Estos factores permitieron no sólo neutralizar la puja distributiva, sino consensuar con los trabajadores un sesgo en esta última que era distinto al del período anterior. Más allá de conflictos aislados (sin desconocer su importancia), la clase obrera respondió positivamente, dispuesta al sacrificio. Pero no ocurrió lo mismo ni fue tan uniforme el nivel de compromiso por parte del empresariado, en particular los productores rurales, aún pese a que ellos resultaban los principales beneficiarios de las nuevas reglas del juego.

Cuando hablamos de los sacrificios de aquellos tiempos, vale la pena destacar que los cambios que ocurren en la política gubernamental a partir de las dificultades con que había concluido la década anterior poco tienen que ver con las tradicionales pautas de los programas de ajuste que años después habrían de popularizarse, particularmente en su versión FMI, sino que marcaban la búsqueda de un nuevo paradigma para el desarrollo ante la evidencia del agotamiento en la dinámica que caracterizó a la etapa anterior. Lejos de cualquier objetivo revolucionario, por cierto, tanto en la primera etapa como en la segunda se buscaba imponer un nuevo contrato social que justificara los sacrificios que debían soportar determinados sectores en función de los objetivos superiores a mediano y largo plazo.

Las nuevas opciones de la política económica peronista

La estrategia seguida puede sintetizarse, por lo tanto, en el principio de que las reservas áureas y de cambio deben estar subordinadas a las necesidades imprescindibles de la economía nacional, y no es ésta la que debe depender de sus fluctuaciones erráticas, fruto muchas veces de contingencias imprevisibles de carácter esporádico, como sucede cuando se reducen los saldos exportables de productos alimenticios a raíz de contratiempos naturales que perturban la producción agropecuaria.

El balance de pagos resultó negativo en 1951 a causa del fuerte desequilibrio comercial provocado por el derrumbe de las exportaciones (particularmente hacia el área de la libra). Esto se proyectó sobre el conjunto de la economía con caídas en los niveles de actividad industrial y de la construcción.

El resultado de la cosecha 1951/52 fue tan magro que ni se tenían seguridades acerca del abastecimiento al mercado interno. De exportaciones, ni hablar. Vale decir que las dificultades reales superaron a todas las previsiones, sorprendiendo aún a los analistas más críticos del peronismo.

Dado que la tradicional especialización argentina en la exportación de bienes primarios no había experimentado corrección alguna, las medidas adoptadas por las autoridades gubernamentales se orientaban a favor de los sectores de producción agropecuaria, seleccionándose a tal fin una política de precios oficiales garantizados realmente muy atractivos, ligado con un programa de apoyo crediticio y el estímulo a la mecanización de las tareas rurales, así como la fijación anticipada de los precios básicos asegurados para sus principales productos y su actualización en función de las variaciones posteriores en

los costos de producción.

Todas esas decisiones respondían no sólo al propósito de aumentar la capacidad de producción para facilitar el creciente consumo interno, sino también al objetivo de volcar los excedentes exportables al mercado mundial. El éxito en esta materia, al crear una mayor oferta de divisas debía permitir contar con las materias primas y los bienes durables requeridos por el país. Si una sequía persistente había frenado esas posibilidades e impedido una recuperación de la producción agropecuaria, cabía esperar que, desaparecido ese contratiempo circunstancial, la Argentina volviera a ser una fuente importante de abastecimientos alimenticios en el orden internacional.

Quizá pueda juzgarse que el segundo gobierno del Gral. Perón no apuró más el paso en la consolidación de su frente interno. Pero optar por esa alternativa "clasista" suponía profundizar la contradicción, agudizando el conflicto con los sectores de la actividad agropecuaria, particularmente ante la evidencia de que éstos no respondieron a los estímulos fiscales, crediticios y de precios mínimos brindados por el Estado con el objetivo de incrementar los saldos exportables. Ello habría supuesto avanzar hacia una reforma agraria que habría constituido una decisión contra natura respecto al pensamiento dominante en el Gral. Perón y el carácter bonapartista de su poder político.

Por otra parte, el Gobierno, acosado como estaba por los graves efectos de la sequía sobre el balance comercial, carecía de tiempo para, eventualmente, esperar los frutos de una incierta reforma agraria que nadie sabía cómo implementar. Asimismo cabe un juicio de valor que pondere, entre los problemas de aquellos años, el impacto de las perturbaciones originadas en decisiones previas, como fueron los atrasos incurridos en la formación de la infraestructura económica que requería la segunda etapa sustitutiva de importaciones. Pero en buena medida éstos también encuentran su explicación en las limitaciones que mostraba la oferta internacional de tecnología, maquinarias, equipos e instalaciones de la complejidad que requería la nueva fase en la industrialización argentina. Otro tanto ocurría con el acceso al financiamiento externo.

Gracias a las condiciones climáticas favorables, al comenzar el año 1953 pudo concretarse una de las cosechas de cereales más importantes que registran las estadísticas de esos años. El mayor flujo de divisas, creado por el aumento de las exportaciones, permitiría acrecentar las importaciones requeridas por el desarrollo del país, modificar los saldos de las cuentas de algunos convenios comerciales y reforzar las tenencias de oro y divisas para afianzar la posición económica.

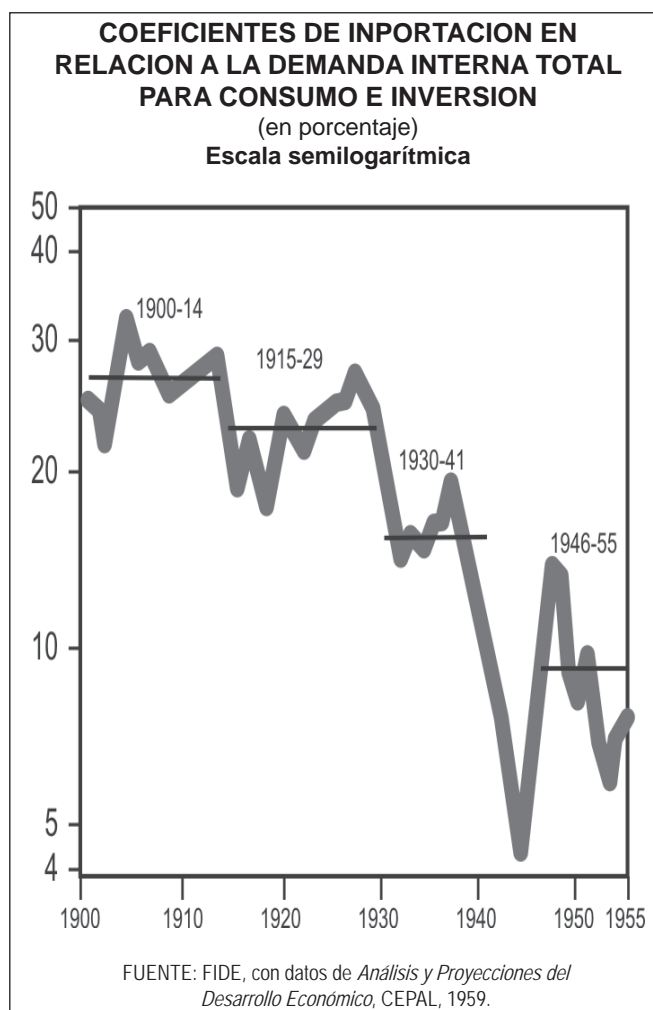
Ese mayor poder adquisitivo del campo a raíz de la colocación de las cosechas del año agrícola 1952/53, al estimular las compras en el mercado interno, reactivó la producción de bienes, redujo los claros observados en algunos sectores de la ocupación e iba a permitir iniciar, a corto plazo, las inversiones programadas en el 2º Plan Quinquenal.

La Argentina, a partir de 1953, pudo sobrellevar, no sin sobresaltos, las dificultades emanadas de los resultados precarios del agro con sus propios recursos y los provenientes de los créditos concertados sobre bases de estricta reciprocidad en los convenios comerciales. Así, no tuvo que recurrir a ciertos expe-

dientes financieros que, como los empréstitos públicos externos, coartan la independencia económica y la libre decisión a la hora de seleccionar prioridades, implementar acciones concretas y preservar a los sectores de menores ingresos.

La política no se limitó a esperar que ocurrieran un par de buenas cosechas. Objetivamente analizada, y en buena medida desmintiendo a los diagnósticos que elaboró la CEPAL para el gobierno militar de 1955, la Argentina del trienio 1953/55 ya había registrado avances promisorios en el desarrollo de la base material que requería su industrialización. Sería necio negar la importancia de los desarrollos tecnológicos logrados en la Fábrica Militar de Aviones, en Córdoba (que habría de proporcionar una sensible economía externa a la futura industria automotriz y metalmeccánica), así como los progresos en el campo nuclear, el estímulo a las inversiones externas de riesgo y el crecimiento de industrias -estatales y privadas- orientadas al autoabastecimiento del mercado interno de bienes de consumo duradero, entre otros.

Pero eran apenas los primeros pasos dirigidos a superar viejos problemas, tales como los ya mencionados cuellos de botella existente en la infraestructura de transporte, la generación y distribución de energía eléctrica y la fuerte dependencia de las importaciones de hidrocarburos y vehículos de todo tipo; así como la penuria en bienes intermedios y de capital.



Una nueva fase del ahorro y la inversión; el Segundo Plan Quinquenal

Más allá del pesado burocratismo que soportaba la Administración Central a la hora de instrumentar políticas alternativas, sumado a la práctica de ciertas actitudes discriminatorias contra el sector privado, ya en 1953 el Gobierno había decidido acudir al capital extranjero. Con ese fin se dictó la Ley 14.222 (con su Decreto reglamentario 1911/53), que otorgaba el atractivo

principal de incrementar notablemente los montos permitidos en concepto de remesas de utilidades al exterior. En ese contexto se establecieron convenios especiales con ciertas empresas de los sectores más críticos, como las que debían instalar líneas de montaje para la producción nacional de vehículos automotores. Asimismo se firmó un acuerdo con el BID para financiar el desarrollo de la primera acería a ciclo integrado, SOMISA, en San Nicolás. A juicio del Gobierno, esas incorporaciones de recursos externos no eran requeridas para el financiamiento

La guerra que no fue

El cambio en las condiciones y su impacto

Se ha convertido ya en un lugar común adjudicarle al Gral. Perón el error estratégico de dar por descontado que, no más allá de 1949, estallaría una tercera guerra mundial. Aleccionados por las oportunidades desperdiciadas en el anterior conflicto, el Gobierno se embarcó en una política de abastecimiento acelerado en el exterior, al tiempo que el IAPI formaba elevados stocks de nuestros bienes exportables a la espera de subas notables en sus precios en el futuro inmediato. El estallido de la guerra fría y la conclusión del conflicto de Corea alejaron el riesgo de una conflagración universal, y ese nuevo escenario encontró a la Argentina en una difícil situación de pagos externos, con términos de intercambio desfavorables e inocultables tensiones inflacionarias.

Si el gobierno argentino de aquellos años se equivocó, se trató de un error compartido con todos aquéllos que en el mundo daban por descontada la inevitabilidad de una tercera guerra.

"Gran Bretaña, que seguía las obligaciones propias de una potencia mundial, fue a la bancarota en octubre, y Europa en su conjunto quedó arruinada aquel invierno tras la sequía y el carácter desastroso de la cosecha.

"Para muchos, desde que Vyshinsky había acusado a los estadounidenses y los británicos de estar preparándose para combatir, la pregunta no era si el Plan Marshall tenía posibilidades de funcionar, sino más bien si no estallaría antes una tercera guerra mundial. La señora de De Gaulle interrumpió con timidez una discusión de sobremesa para señalar que el enemigo no dudaría en lanzar tropas en paracaídas por los alrededores de Colombey-les-deux-Églises durante las primeras horas de las hostilidades.

"En casi todas las reuniones celebradas en París durante aquel otoño podía palpase la tensión en el ambiente. "Nadie habla de otra cosa que no sea la inminencia de la guerra -escribió Roger Martin du Gard a André Gide, a quien acababan de conceder el Premio Nobel-. Todos están de acuerdo en que va a haber una; sólo discuten acerca de la fecha en que estallará. Se hace difícil reaccionar frente a un ambiente así de catástrofe inevitable". En las fiestas, los funcionarios y embajadores se veían acosados por mujeres y hombres asustados que deseaban saber cuánto tardarían los rusos en llegar a los puertos del canal de la Mancha o a los Pirineos.

"La fiebre de la guerra fría se había propagado por ambas costas del Atlántico. A decir de Duff Cooper, resultaba depresivo, si no sorprendente, el que ni siquiera Bidault fuese a librarse de quedar contagiado cuando personas como el senador estado-

unidense Bridges, que se suponen responsables, hacen callar a los comensales reunidos en torno a la mesa de su embajador para gritar: "Díganos, Bidault: queremos saber qué piensa hacer cuando lancemos nuestro primer huevo atómico sobre Moscú" (Anthony Beevor, Artemis Cooper, "Paris Después de la liberación: 1944-1949", ed. Crítica, Barcelona 2003).

Analizado en perspectiva, la opción estratégica seleccionada, otorgando la prioridad originariamente a la mejora en los ingresos de los sectores asalariados y su grado de bienestar, era la única compatible con la necesidad de mantener vigente a la correlación de fuerzas sociales que nutría al Gobierno, tanto como a los objetivos que éste se había planteado en su Segundo Plan Quinquenal. Ambas no eran construcciones en abstracto, sino que se apoyaban en un diagnóstico muy crítico respecto al modelo vigente durante el segundo quinquenio de los años treinta, donde las tendencias internacionales estaban dando claras muestras que preludivan a la segunda guerra, estallada en 1939.

Durante el ejercicio de 1950 actuaron, por un lado, la puja internacional para obtener abastecimientos frente a la política armamentista de las principales potencias, lo que indujo a la Argentina a adoptar un plan enérgico de acopios foráneos para evitar que se resintiera su actividad económica interna y, por otro lado, los problemas creados al país por la menor intensidad de sus exportaciones respecto de las importaciones.

En efecto, el Reino Unido se comprometió a abonar m\$N. 147 millones como liquidación final de los reclamos formulados por la aplicación de las garantías de revaluaciones estipuladas en el Convenio Anglo-argentino de 1949, y m\$N. 87,5 millones como ajuste definitivo de los precios de las carnes embarcadas durante el primer año del citado convenio y hasta el fin de 1950. Ambas sumas se hicieron efectivas en el curso del ejercicio.

En cuanto al intercambio comercial, de acuerdo con el principio de igualdad de tratamiento, las exportaciones de productos esenciales argentinos se debían compensar con abastecimientos de materias primas británicas. En ese sentido, el Gobierno de la Gran Bretaña se comprometió, por un valor de m\$N. 490 millones, a enviar 2 millones de toneladas de petróleo crudo, 2 millones de toneladas de fuel-oil y 40.000 m³ de aeronafta y lubricantes. Por su parte, la Argentina convino en suministrar 200.000 toneladas de carne en reses y menudencias y no menos de 30.000 toneladas de carne envasada. Además, por la Comisión Mixta Consultiva prevista en el Convenio de 1949 fueron contemplados otros abastecimientos para ambos países.

del Plan Quinquenal, que ya había establecido sus fuentes de fuentes internas de ahorro para invertir.

Como mencionamos anteriormente, la evolución del país en el año 1953 se caracterizaba por una consolidación de la situación monetaria y una reactivación económica, que contrasta sensiblemente con la pausa que le fue impuesta en el año 1952 a raíz de la evolución adversa operada en la producción agropecuaria, que pudo ser sorteada sin mayores dificultades gracias a la aplicación del Plan Económico.

La abundante cosecha correspondiente al año agrícola 1952/53 permitió emprender con soltura las negociaciones comerciales con diversos países del mundo con los que se mantenía una posición financiera adversa, y facilitó la realización de una política de colocación de nuestros productos básicos en canje de materias primas y otros bienes esenciales exigidos por la economía nacional. El mejor desempeño en la producción de granos finos, que fue excepcional en el año agrícola correspondiente a dicho ejercicio, permitió recuperar el ritmo de las exportaciones argentinas, facilitar los aprovisionamientos foráneos dentro de las condiciones imperantes en el mercado y afianzar ostensiblemente las reservas de oro y divisas.

La contención en el alza de los precios y salarios, por su parte, creó un ambiente de tranquilidad social propicio para el trabajo orgánico y la expansión del ahorro nacional, que constituía la base fundamental para la financiación del 2º Plan Quinquenal. De este modo, se logró una recuperación general a medida que avanzaba el año, la que fue ayudada por una política crediticia cualitativa, ajustada a los principios económico-sociales de la Doctrina Nacional.

La sanción, en las postrimerías del año parlamentario, de la Ley de Inversiones Foráneas fue un complemento a las medidas de consolidación económico-financiera, al propender a la incorporación de fondos o bienes del exterior, que, con un propósito constructivo, se radicarían en el país para colaborar en las actividades industriales o mineras.

En el área rural se extendió también cierto espíritu de optimismo que ya se manifestaba en las zonas urbanas. El mantenimiento de los precios básicos en la compra de las cosechas siguió constituyendo un estímulo notorio para proseguir las tareas rurales, no obstante las perspectivas desfavorables de los precios internacionales. Ese régimen de sostén de los precios agrícolas se complementó con un crédito liberal que se distribuyó en los distintos sectores del agro, para facilitar el incremento de la producción.

En el manejo de las cuentas externas, a partir de la recuperación de 1953 se planteó el objetivo de mantener vigentes los acuerdos suscriptos durante ese año y se consolidó el principio de estricta reciprocidad de los créditos ya impuesto en los tratados anteriores; se concretó un régimen de pagos diferidos para el abastecimiento de bienes de capital, junto a la aplicación de términos más justos de intercambio en las operaciones compensadas; se procuró que las operaciones de comercio exterior se realizaran en términos de dólares de cuenta para salvar las dificultades que se pudieran crear en el intercambio. Se buscó también la diversificación de los mercados, en una

amplia política de intercambio comercial, según lo corrobora el convenio comercial y de pagos con la Unión Soviética y la política de acercamiento económico-financiero con los países de América.

El robustecimiento operado en la posición de reservas internacionales constituía un factor de notoria gravitación en la economía nacional y en los centros monetarios del exterior, al indicar que la Argentina consolidaba su posición monetaria para afirmar los principios de su soberanía económica-financiera y crear condiciones favorables en la política de negociaciones comerciales.

Las perspectivas en 1953

Al difundirse en el mercado interno la convicción de que los precios de los bienes y servicios se mantendrían sin modificaciones, se daba al consumidor la seguridad de lograr los abastecimientos normales que necesitara, evitando su propensión a la acumulación exagerada y dándole la posibilidad de ahorrar, con tranquilidad, la diferencia entre sus ingresos y sus gastos, que se encontraban estabilizados.

El incremento constante del ahorro observado en 1953 no sólo reflejó el resultado feliz de esta política de contención en los precios, sino también ratificaba la confianza colectiva en el mantenimiento del equilibrio entre los precios y los salarios, que al dar seguridad al ahorro acumulado, no hizo más que consagrar las manifestaciones hechas públicas por el Gobierno de Perón.

El mantenimiento del poder adquisitivo de la moneda, tanto en el orden interno como en la órbita internacional, era considerado como el mayor acicate para la formación del ahorro interno y para promover la introducción de capitales foráneos que recibían un franco estímulo a raíz de la sanción de la mencionada Ley 14.222/53, en cuya preparación colaboraron los distintos ministerios del Equipo Económico. Esos capitales extranjeros tendrían un destino determinado por dicha ley, dirigidos a inversiones de riesgo.

Quería evitarse que tales flujos de capital se transformaran en un factor ulterior de desequilibrio del balance de pagos. En otros términos, las divisas que podían introducirse al país, a raíz de esa legislación, deberían propender a crear nuevas fuentes de producción, que sustituyeran a aquellos bienes que hasta ahora se importaban del exterior, o que permitieran el estímulo de nuevas producciones, creadoras de saldos exportables y, por consiguiente, de nuevos ingresos de divisas. De este modo, el cumplimiento de los servicios financieros establecido específicamente en la ley, podría satisfacerse con el propio producido de estas inversiones.

A principios de 1955 se estableció el contrato con la California Petroleum Co. Se trataba de lograr un mayor abastecimiento interno de un bien que insumía un cuarto de las importaciones totales, y ello era acelerado por la evidencia de un mayor déficit en el balance de pagos con el riesgo implícito de provocar una crisis interna en materia productiva y financiera debido a las limitaciones existentes en materia de acceso al financiamiento internacional.

El Gobierno pretendía alcanzar una coordinación programada en todas las medidas ejecutadas durante el año 1953. Se evitó el impacto inflacionario; se logró pleno éxito en el incremento de la producción agrícola y en la colocación satisfactoria de los saldos exportables; se estabilizaron los precios y salarios; se prosiguió con la política de importaciones acorde con la realidad económica; se incrementaron substancialmente las reservas monetarias; se mantuvo la política de un sano criterio de selección crediticia y se sancionó la Ley de Inversiones Foráneas. Eran medidas que, superado el sofocón de la recesión, debían encuadrarse en un marco de largo plazo, constituyendo las bases para la financiación orgánica del 2º Plan Quinquenal.

Se proyectaba también continuar avanzando hacia el estímulo de ciertas actividades de especial importancia económico-social, como la industria de la construcción con el nuevo régimen crediticio implantado por el Banco Hipotecario Nacional y con la iniciación de las obras del 2º Plan Quinquenal.

Sin embargo, a fines de 1954, aunque la expansión tendía a desacelerarse, la tasa del PIB resultó positiva. Esa característica estaba vigente meses después, cuando estalló el golpe militar, pero no había señales recesivas a la vista. Los cambios en la política económica instalados durante la última parte de 1955 impiden evaluar si hasta entonces el comportamiento de las variables mantenía la tendencia favorable iniciada en 1953.

Lo cierto es que los datos objetivos desmentían al alarmismo de quienes justificaron en materia económica a la autodefinida como Revolución Libertadora.

Conclusiones tras un período de cambios sensibles

Resumiendo, a fines de la década del '40 aparecen tendencias alcistas en el costo de la vida y los precios mayoristas de la Argentina. Entre los años 1948 y 1952, la disponibilidad de bienes y servicios (vale decir, la sumatoria de consumo público y privado más la inversión bruta fija) experimentó un retroceso del 6%. Era la consecuencia de las mayores restricciones para importar y el cuello de botella en la oferta interna. Agreguemos un dato de importancia no menor: los términos del intercambio del período 1950/54 fueron un 20% inferiores a los del lapso 1945/49.

Todo ello ocurría paralelamente con la continuidad de políticas monetarias y fiscales muy expansivas, junto a los sucesivos ajustes alcistas en los salarios inducidos y convalidados por el Gobierno nacional. Esta contradicción entre ambos brazos de oferta y demanda agregada derivó en una espiral inflacionaria que se manifestó, durante 1951, en el 37% de aumento en el índice de precios minoristas y el 48%, los mayoristas.

Balance de pagos

Años 1953-1954

(en millones de m\$.n. al tipo comprador oficial de m\$.n. 500 los 100 dólares)

	Total		1954, en divisas	
	1953	1954	Libres	De compensación
Activo	6253	5766	1676	4091
Exportaciones	5828	5310	1490	3820
Fletes y gastos de puerto	183	256	67	189
Saldo neto del movimiento de capitales y otros fondos del exterior	242	196	119	78
Varios	-	4	-	4
Pasivo	4626	4975	1572	3403
Importaciones	4384	4774	1436	3338
Gastos públicos	139	126	66	60
Saldo neto de los servicios financieros de firmas privadas	34	62	57	5
Varios	69	13	13	-
Saldo	1627	791	104	688
Conversión a y de divisas libres	-	-	-57	57
Amortización correspondiente a los fondos facilitados a un consorcio de bancos comerciales locales por el Banco de Exportación e Importación de Washington	-	-48	-48	-
Diferencia entre las cifras del comercio exterior y su respectivo movimiento de fondos y otros ajustes	144	-392	244	-636
Saldo neto	1771	351	243	109

FUENTE: FIDE, con datos de la *Memoria Anual 1954*, BCRA.

Este conjunto de señales preocupantes eran emitidas por una economía que, además, tenía como telón de fondo una de las peores sequías que registra la historia de nuestra actividad agropecuaria y a la que ya hicimos referencia. Las acciones que el Gobierno adoptó para superar estas condiciones adversas se formalizaron en el Programa de Austeridad -en febrero de 1952- y con la constitución de la Comisión Nacional de Precios y Salarios. La iniciativa fue exitosa y en 1954 la tasa de inflación se había reducido al 4% para la comparación interanual.

Ello tuvo lugar paralelamente con la implantación de un rígido esquema de control de precios y la imposición de un cambio en la política salarial que se traducía en convenios bianuales a partir de hipótesis que suponían aceptar incrementos en las escalas remuneratorias que eran más moderados que en el pasado. Claro está, a diferencia de los clásicos programas de ajuste, se establecieron subsidios oficiales al consumo interno, así como a la producción agrícola y a las tarifas por los servicios públicos.

La cuestión del agro y su relación con las políticas de los gobiernos peronistas merece una consideración especial, entre otras cosas por la forma en que se proyectaron hacia el futuro. La recesión y el peligro de caer en una crisis impulsaron un viraje en la política económica del peronismo, que hasta ese momento había impulsado una transferencia de ingresos del sector rural al urbano-industrial. Se encaró el cambio de rumbo en la política económica oficial y se produjo desde entonces un deliberado aliento al sector rural. La alocución del ministro de Agricultura de la Nación, Carlos Emery, en el primer número de *"Mundo Agrario"*, en junio de 1949, muestra significativamente la situación; al reafirmar los principios *"de destacado privilegio que corresponden a las actividades rurales dentro del conjunto de la economía nacional"* y hacer una defensa de la orientación que había seguido hasta el momento la acción económica del gobierno peronista.

El funcionario prometía volcar los esfuerzos en el agro, reseñando las leyes a su favor ya sancionadas y las medidas propuestas para el futuro, tales como la Ley de aparcerías y arrendamientos rurales y los planes de mecanización agrícola. *"El gobierno de la Revolución en ningún momento subestimó su importancia y por ello ha creído conveniente señalar derroteros que permitieran, pese a algunos sacrificios momentáneos impuestos por las circunstancias, incrementar la riqueza del agro, consolidándola sobre bases que exigen una diversificación adecuada"*. (*Mundo Agrario*, op. citado 1949).

Desde 1952-1953 se incorporan otras categorías al discurso peronista: productividad, eficiencia, menor consumo. Ello se hace patente en la promoción del Segundo Plan Quinquenal y culmina en 1955 con el Congreso de la Productividad. Los medios elegidos serían la mecanización de las labores del agro, la orientación y colaboración de las reparticiones oficiales especializadas, las nuevas rutas camineras, la flota mercante, las fábricas que industrializan los productos del campo y diversas medidas a favor de la ganadería, *"una de las principales industrias de la economía nacional"*.

Durante el período que estamos analizando, la Argentina atraviesa una tendencia a la descapitalización del agro, reflejada en la dificultad de compra y reparación de maquinarias, agravada

por el boicot norteamericano, pero también en términos de infraestructura de transporte terrestre, lo que permite considerar la existencia de un "retraso tecnológico" en la región pampeana en la década del '40. La situación comienza a cambiar gradualmente desde 1949, cuando a la par del levantamiento del boicot, se lanza el "Plan trienal de mecanización del agro", como parte de las medidas encaradas por el peronismo para enfrentar -desde el discurso, aunque también desde la práctica- el retraso tecnológico.

Este paquete de subsidios llega a insumir el 30% del gasto corriente a fines de 1954. Entre los mismos se destaca la firme decisión de proteger a los productores rurales de la declinación en los precios internacionales de las materias primas de origen agropecuario que siguió a la post-guerra de Corea. Vale decir que se había configurado un marco de condiciones que era el inverso al esperado por el Gobierno argentino, que proyectara beneficiarse, si el conflicto se prolongaba, en colocar a buenos precios sus saldos exportables y, en cambio, se veía compelido a subsidiar los precios que percibían los productores.

Por lo menos, se consiguió así detener la tendencia a reducir tanto las áreas sembradas como la producción. Pero no ocurrió lo mismo en materia de inversiones por parte del empresariado rural. Cabe subrayar que estos últimos no modificaron sus expectativas, pese al esfuerzo que el gobierno realizaba. De hecho, las entidades empresarias del sector militaban activamente en la oposición política.

"Con todo, descargar la responsabilidad del estancamiento agrícola exclusivamente sobre las políticas peronistas (en especial las del primer trienio de gobierno) es, por lo menos, apresurado. El deterioro venía gestándose desde mucho tiempo atrás y respondía al cambio del perfil productivo del país. Dado el agotamiento de tierras vírgenes, el desarrollo agropecuario dependía cada vez más de una ampliación del stock de capital. Sin embargo, éste se encontraba virtualmente estancado desde la década del '20." (Mario Rappoport y colaboradores, *"Historia económica, política y social de la Argentina 1880-2000"*, ed. Machi, Buenos Aires, 2000).

A la hora de juzgar los resultados inmediatos, cabe reconocer que, medida en términos comparativos con la pobre campaña 1951/52, se asiste a una dramática recuperación agrícola durante 1953 debida fundamentalmente a las buenas condiciones climáticas. Ello determinó mayores saldos exportables y, dada la contracción en las importaciones, por primera vez desde 1948, la Argentina alcanza un resultado positivo de 330 millones de dólares en su balance comercial. Pero, contra lo esperado, los saldos exportables no mejoraron en la siguiente campaña 1954/55. El bajo nivel de las inversiones en el sector primario había determinado estrangulamientos en puntos claves de su cadena de valor agropecuaria. Pero no era el único caso; ello se suma a los cuellos de botella en materia de infraestructura básica que actúan como un freno a la modernización industrial.

Como señalamos más arriba, los cambios estructurales dirigidos a corregir estas falencias aún estaban, por aquellos años, en proceso de maduración y eran en sí mismo insuficientes. Pero la Argentina estaba lejos de las severas condiciones críticas que auguraba la CEPAL.